

Pecci-Saavedra, Miguel

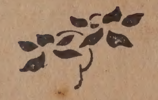
MIRIEL

MARÍA DEL CARMEN

DRAMA

MANOS BLANCAS

MONÓLOGO



ASUNCIÓN
LA COLMENA S. A. — PTE. FRANCO 328
1925

MIRIEL

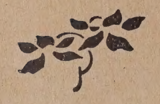
MARIA DEL CARMEN

DRAMA EN TRES ACTOS

ESTRENADO EN EL TEATRO NACIONAL, POR LA COMPAÑÍA

POMAR-FUENTES,

LA NOCHE DEL 30 DE ABRIL DE 1925

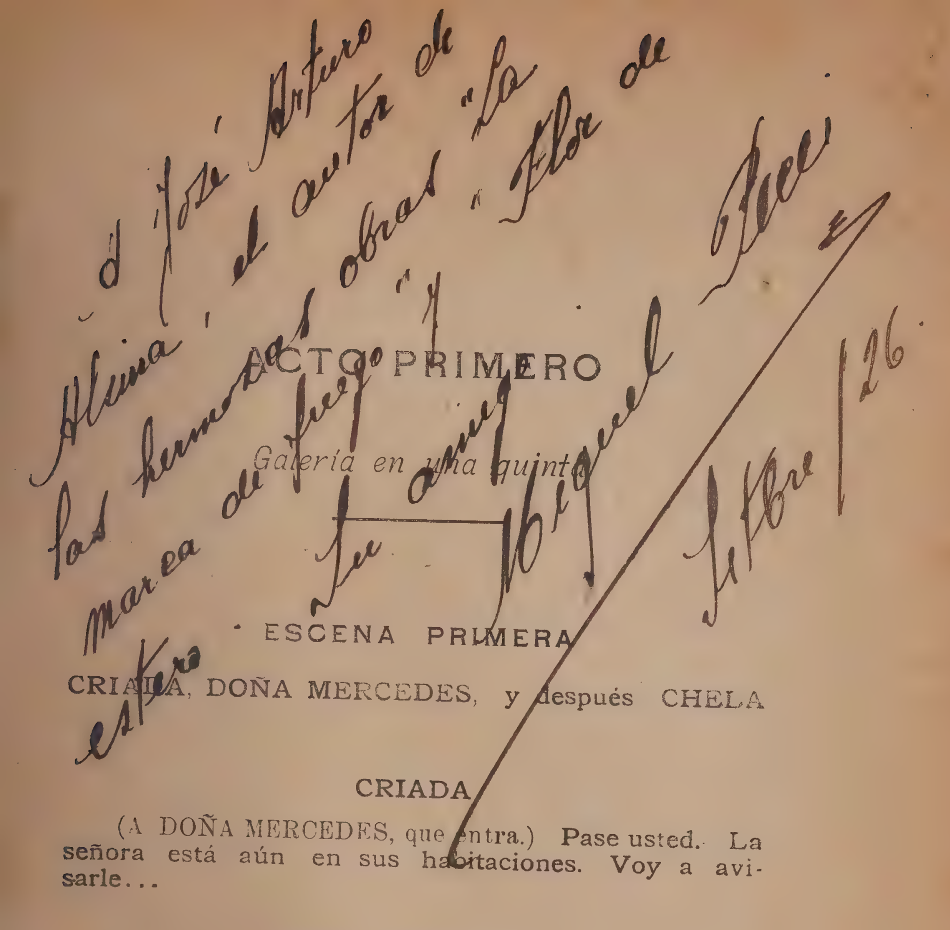


ASUNCIÓN
A COLMENA, S. A.—PTE. FRANCO 32?
1925

PERSONAJES:

MARÍA DEL CARMEN
CHELA
DOÑA MERCEDES
LUCÍA
UNA CRIADA
CARLOS
GASPAR
TOTÓN

ÉPOCA ACTUAL



ACTO PRIMERO

Galería en una quinta

ESCENA PRIMERA

CRIADA, DOÑA MERCEDES, y después CHELA

CRIADA

(A DOÑA MERCEDES, que entra.) Pase usted. La señora está aún en sus habitaciones. Voy a avisarle...

DOÑA MERCEDES

Oye. No la molestes. Si no tengo prisa ninguna.

CRIADA

Como usted disponga. Con su permiso. (Sale.)

DOÑA MERCEDES

(Que oye el alegre son de una y otra carcajada

infantil.) ¡Ah!... Mi sobrinita. ¿Y quién había de ser sino ella?

CHELA

(Al entrar corriendo.) ¡Tía! ¡Tiíta de mi alma!

DOÑA MERCEDES

(A tiempo que CHELA le echa los brazos al cuello y la besa.) ¡Hijita!

CHELA

¡Ay!... Me he fatigado.

DOÑA MERCEDES

Pero oye, ¿de dónde vienes? Estás sin aliento, hija de Dios.

CHELA

No se enfade usted, tía. ¡Ay!... Y es que no paro desde que estamos aquí. ¡Si me viera usted! Unas veces me paso lo más del día en el jardín, entre las flores. Y otras, voy hasta el arroyo, y me dejo estar allí horas y más horas viendo correr el agua.

DOÑA MERCEDES

Hijita, hijita...

CHELA

¡Ah! Y un rato hace estaba en el bosquecito, allá..., a la sombra de unos árboles muy grandes. Es el lugar más lindo de la quinta. Desde allí la vi llegar a usted. ¡Y claro!... ¡Cómo no había de venir,

y correndito, a recibirla a mi tía, a mi tiíta del alma! No..., ¿verdad que no está usted disgustada conmigo?

DOÑA MERCEDES

¡Qué he de estarlo! Pero ven, siéntate. (Toman asiento.) Y di: ¿María del Carmen cómo está? (Después de una breve pausa.) ¿No me oyes? Te pregunto cómo está tu hermana.

CHELA

No sé qué decirle. A mí me parece que mi madrecita está lo mismo.

DOÑA MERCEDES

¿Lo mismo, dices?

CHELA

Sí, tía. A ratos, si usted la viera, se pone muy triste. Me da a mí mucha lastima. Yo hago cuanto puedo por distraerla; pero... a veces no lo consigo.

DOÑA MERCEDES

¡Bah! Si lo que ella tiene no es nada. Ten por cierto que aquí se repondrá. Carlos no ha podido tener una idea mejor. Esta tranquilidad, este sosiego acabarán por sentarle muy bien. Es lo que le hacía falta. Y yo creo que María del Carmen debería dejarse estar aquí una larga temporada.

CHELA

¡Ojalá, tía; ojalá! Cuánto daría por no volver en mucho tiempo a la ciudad. Porque, ¿no es cierto que esto es muy hermoso?

DOÑA MERCEDES

Sí, hijita.

CHELA

Y además, Carlos desviviéndose por agradarnos en todo. ¡Cuánto nos quiere! Y mi madrecita que sin Carlos se moriría. ¿Verdad que sí? Y yo, queriéndoles también mucho. ¡Ah! Oiga usted. Es una ocurrencia mía, ¡Ja, ja, ja!...No, que no lo adivina usted. Pues..., que he imaginado ponerle a este lindo rinconcito el nombre de «La casa del amor.»

DOÑA MERCEDES

¿Del amor?

CHELA

Sí, tía. Y no lo tome usted a risa. Del amor, sí, es decir, de este nuestro amor que nos tenemos unos a otros. Aunque... ¡No, no! Porque, ya ve usted... ¿De qué sirve ello? Sí mi madrecita, no obstante el gran cariño de Carlos, a quien ella también quiere mucho..., no es feliz. Y yo no me engaño.

DOÑA MERCEDES

¡Qué es lo que dices! ¿Por qué no ha de ser feliz María del Carmen? Te equivocas, créeme. Y ya verás cómo recobra su buen humor en cuanto se ponga buena.

CHELA

¡Ay, Dios quiera! Sería una alegría muy grande para todos.

DOÑA MERCEDES

Ya lo creo que sí. (Y dándole la cartera de mano y el sombrero, que acaba de sacarse.) Toma. Me haces el favor. Pon estas cosas ahí dentro, en cualquier parte.

CHELA

Sí, sí... Tía; pero oiga usted: ¿no entra a verla a mi madrecita?

DOÑA MERCEDES

No, y déjala a tu hermana. Te pido que no la molestes por mí, Ya la veré.

CHELA

(Mirando hacia el interior.) ¡Mire, mire usted, tía! Carlos,que viene a saludarla. La dejo a usted con él, y yo me voy volando al jardín. Verá qué ramo más reprecioso el que hago. ¡Conque, hasta luego, tiíta!

DOÑA MERCEDES

Hasta luego, hijita. (CHELA sale corriendo.) ¡Ah, qué criatura, qué criatura!...

CHELA

(Que cruza corriendo la escena, como yendo hacia el jardín.) ¡Tía!... ¡Tiíta!... ¡Ja, ja, ja!...

DOÑA MERCEDES

Ten más formalidad, hijita.

ESCENA SEGUNDA

DOÑA MERCEDES y CARLOS

CARLOS

(Entrando.) Muy buenos días.

DOÑA MERCEDES

Carlos, buenos días.

CARLOS

(Estrechándole la mano.) Doña Mercedes, ¿cómo está usted?

DOÑA MERCEDES

A mí ya me ve usted, Carlos.

CARLOS

Bien, ¿no es eso? ¡Cuánto me alegro!

DOÑA MERCEDES

¿Y usted ...?

CARLOS

Bien. Es decir..., no. Hay días en que lo paso más que intranquilo con las dolencias de María del Carmen.

DOÑA MERCEDES

Chela acaba de darme noticias suyas. Que está lo mismo. ¿No es así?

CARLOS

Chela le ha dicho a usted la verdad: María del Carmen está lo mismo. Y aún más: en estos últimos días, la he notado nerviosísima. Francamente, no sé a qué causas atribuir su estado. ¡Es algo particular! No, que no me lo explico. Y yo que imaginé que en un lugar como es éste: hermoso, apacible, lejos del bullicio de la ciudad, en medio de un ambiente sosegado, sin preocupaciones de ninguna clase, lograría fácilmente restablecerse. Sin embargo. . ., ya ve usted.

DOÑA MERCEDES

¡Hombre, por Diós! ¡Que haya usted de tomarlo así de ese modo, tan por lo serio! ¡No, Carlos! Considere que hace poquísimo que están ustedes aquí. Y además, como si no supiera usted que no es de gravedad lo de María del Carmen. Convénzase: no son sino los nervios los que la tienen así. ¡Y si sabré yo lo que son los nervios, los dichosos nervios, en nosotras las mujeres!

CARLOS

Según eso, maldito el caso que yo debería hacerle a mi mujer.

DOÑA MERCEDES

¡Carlos, por favor! Yo no he querido decir tal cosa. Muy lejos de mi ánimo semejante intención. Sólo que para mí, y qué quiere usted que le diga, lo que María del Carmen tiene no es de importancia. Y hasta estoy cierta de que con esta nueva vida que ahora han comenzado ustedes, se pondrá del todo bien. Ya verá usted.

CARLOS

No son otros mis deseos.

DOÑA MERCEDES

Y me parece a mí que deberían ustedes permanecer en este hermoso lugar lo más posible. Porque, vamos, no creo que así de pronto haya de ponerse bien María del Carmen.

CARLOS

Sí, en efecto.

DOÑA MERCEDES

Aun cuando a usted puede que le sea molesto tener que ir, obligado por sus quehaceres, a la ciudad los más de los días.

CARLOS

¡De ningún modo! Y eso que en adelante deberé estar allí con más frecuencia que hasta ahora. Puesto que tengo resuelto trabajar con Gaspar, que acaba de llegar de Europa, como estará usted enterada.

DOÑA MERCEDES

Sí.

CARLOS

Y hoy le tendremos a almorzar con nosotros.

DOÑA MERCEDES

¡Ajá! No sabía... ¿De modo que trabajará usted con él?

CARLOS

Sí, he concluido por acceder a sus deseos. Y es una determinación de la que me felicito, créame usted.

Gaspar es un hombre práctico como hay pocos, con una voluntad invencible. En empeñándose él en alguna cosa... Pero, a todo esto: usted le conoce tanto como yo. ¿No fue él muy grande amigo suyo en otros tiempos?

DOÑA MERCEDES

Tanto como amigo..., no. Frecuentó nuestra casa, eso sí, hace de esto muchos años. Era entonces María del Carmen muy niña. Y a pesar de ello, dieron algunos en decir que la festejaba. Lo que es a ella, usted muy bien lo sabe, jamás le hizo gracia el tal Gaspar. Ni pizca así de cariño le tuvo nunca. Luego, de la noche a la mañana, dejó de visitarnos. Lo que no nos causó extrañeza alguna. ¡Tenía el hombre cada rareza! Y no volvimos a saber de él. Hasta que ahora, hace muy poco, después de su viaje, he vuelto a verle.

CARLOS

Y en muy buena compañía, ¿no?

DOÑA MERCEDES

¡Qué!, ¿se refiere usted a la esposa de Gaspar?

CARLOS

¿La conoce usted?

DOÑA MERCEDES

Sí. Una señora que no hace más que hablar de París. ¡Ah, entretenidísima! ¡París arriba, y París abajo! ¡Por Dios! ¡Como si nunca hubiera una oído maravillas de París! Ya ve usted si la conozco.

CARLOS

(Sonriendo.) De sobra, ya veo.

DOÑA MERCEDES

¡Ah, los hombres! ¡Si a veces tienen ustedes cada gusto!

CARLOS

¡No diga!

DOÑA MERCEDES

No, si no digo nada. ¿O pretenderá usted que le alabe el gusto a su amigote, eh?

CARLOS

No, no, doña Mercedes. Para que Gaspar la haya hecho su esposa..., no me cabe duda: algo de bueno tiene esa señora.

DOÑA MERCEDES

No; si yo tampoco dudo de ello. ¿Qué cree usted? ¿No tenemos cada una de nosotras las mujeres lo nuestro, algo con que tentar a los hombres? ¿Y por qué habría ella de dejar de tener también lo suyo? ¡Vaya!

CARLOS

¡Ja, ja! ¿Y al hermanito también le conoce usted?

DOÑA MERCEDES

¿Que si le conozco?... ¡Ay, también, también! Pero ese ya es mucho más pintoresco. ¡Qué bobalías,

santo Dios! Nada; que para mí el pobre, y nadie me lo quita de la cabeza, todavía juega con *pajaritas* de papel.

CARLOS

¡Ja, ja! Cómo le pone usted.

DOÑA MERCEDES

Pero si bien sabe usted, Carlos, que yo no escrupulizo en decir verdades.

CARLOS

¡Ya, ya!...

ESCENA TERCERA

Dichos y MARIA DEL CARMEN

MARIA DEL CARMEN

(Entrando.) ¡Tía! ¡Cuánto me alego de verla!

DOÑA MERCEDES

¡María del Carmen! (Se besan.) ¿Y cómo estás, cómo te hallas, hija?

MARIA DEL CARMEN

(Tratando de sonreír alegremente.) Mejor. Estoy mucho mejor que otros días. Ya lo creo que sí. ¿Verdad, Carlos?

CARLOS

Cuando tú lo dices...

MARIA DEL CARMEN

¿Es que no me crees? ¡Qué maridito más incrédulo éste que Dios me ha dado! Y siempre así conmigo.

DOÑA MERCEDES

Yo estoy con lo que tú dices. Si hasta te hallo muy buen semblante. Sí, sí; como lo oyes.

MARIA DEL CARMEN

¿Ves, Carlos?

CARLOS

No; no, María del Carmen.

MARIA DEL CARMEN

¡Por favor, Carlos! ¿Y por qué habría de decirte una cosa por otra?

CARLOS

¿Cómo he de creerte? Si eso que ahora dices, y que afirman a cada instante tus palabras, está desmintiéndolo siempre, poco menos que a voces, la expresión de tu rostro. ¡Si basta con verte!

MARIA DEL CARMEN

¡Carlos!...

CARLOS

No, es inútil tu empeño, si no podré creerte por más que digas... Y viéndote siempre así, María del Carmen, y sin que pueda dar con la causa de tu tristeza, ha acudido muchas veces a mí un delicado pensamiento que tuve cuando niño... ¡Me acuerdo de ello como si fuera ahora!... Mi pobre madre me llevaba a menudo a visitar una virgen de su devoción. Mientras ella de rodillas oraba con fervor, yo a su lado me extasiaba, lleno de misterio, mirando el rostro peregrino de la virgen, en el que era como una rosa de luz su sonrisa dulce y triste; pero tan triste, que yo di en pensar que la virgen más lloraba que reía. Y al salir del templo, le preguntaba a mi madre, invariablemente, por qué estaba triste la virgen... Hoy, después de muchos años, mirándote a ti, María del Carmen, vuelve a mí ese pensamiento, y me pregunto el por qué de tu tristeza, sin poder explicármela, como tampoco pude explicarme siendo niño, la tristeza de aquella virgen de la que era devota mi madre.

MARIA DEL CARMEN

¡Carlos, por Dios!

DOÑA MERCEDES

¡Vaya, vaya!... ¡Ni que fueran ustedes novios! (A María del Carmen.) Pero..., ¡qué!..., ¿a ti están por saltársete las lágrimas de los ojos? No, María del Carmen... Que se quieran ustedes mucho, sí; pero con más alegría. Son ustedes jóvenes, tienen una posición desahogada, brillante, y hasta salud. Yo no sé qué pueda faltarles para ser felices, como no sean las ganas de serlo... Y tú, que estás cada vez más hermosa, ni siquiera puedes temer que deje de quererte tu marido. Porque, dígame, Carlos, ¿cómo no ha de estar usted orgulloso con una mujercita así? Mírela

usted: ¡si da gloria ver esa cara más linda que el mismo sol, y esos ojazos, que son dos ascuas de oro!

MARIA DEL CARMEN

Tía, qué ocurrencias tiene usted.

DOÑA MERCEDES

Si es la verdad, hija. Y si no..., que lo diga Carlos.

CARLOS

Señora..., yo qué sé. (Y cambiando de tono.) ¿Cómo habría de contradecirla, doña Mercedes?: no... Y, sin embargo, más que por hermosa, y eso que María del Carmen lo es de verdad, la quiero yo a esta mi mujercita del alma por buena y honrada, por merecedora de ser mi compañera en la vida.

MARIA DEL CARMEN

¡Carlos!

DOÑA MERCEDES

Le hallo a usted muchísima razón, Carlos. Y ojalá llegue un día en que todos los hombres piensen como usted. Ese seria el día de la bancarrota de tantas y tantas lagartonas como hay en el mundo, que se pasan la vida engatusando a los pobres hombres con sus caras bonitas.

CARLOS

Y no debe ser de otro modo: a un hombre de bien, una mujer honrada.

MARIA DEL CARMEN

Sí, Carlos..., y no es que dude de que tú tienes razón... Pero..., no sé... Yo a ti te quiero de otro

modo, sí... Y no, no es una engañosa ilusión mía .. Óyeme, Carlos. Yo sé que tú eres muy bueno, que has de serlo siempre con todos, y conmigo más que con nadie. Y no obstante, si tú, y que Dios no lo quiera nunca, dejases de ser como eres, y dieses en ser malo, ¡muy malo!, yo, Carlos, y no me engaño, me lo está diciendo el corazón, te querría siempre, tal como fueses: ¡te querría a pesar de todo!

CARLOS

(Pensativo.) A pesar de todo... María del Carmen, yo no podría quererte así. Mi amor, y quizá porque él es muy grande, y siéndolo tiene muy poderosas alas, quiere para posarse una cima muy alta, limpia de impurezas, de inmaculada blancura. Y ese amor mío, halla que tú, mi María del Carmen, eres digna de él.

DOÑA MERCEDES

Mírela, mírela usted, Carlos. Si está como bañándose en agua *de rosas.*

MARIA DEL CARMEN

No, tía. Al contrario. Olvidándome de la alegría que debería sentir, lo comprendo, a pesar de ello, ya ve usted, pensaba...

DOÑA MERCEDES

No te entiendo, hija. ¿En qué? Di.

MARIA DEL CARMEN

No sé, tía, no sé...

CARLOS

(Va a hablar y se detiene. Luego.) Y bien..

Supongo que tendrán ustedes un montón de cosas que decirse. Yo, en cambio, he de arreglar unos papeles que revisaremos con Gaspar. Así que... (Y se dispone a salir.)

MARIA DEL CARMEN

Carlos, en cuanto llegue esa gente, acude tú. Mira que son invitados tuyos. ¿Oyes?

CARLOS

Sí, María del Carmen, pierde cuidado. Hasta luego.

MARIA DEL CARMEN

Hasta luego, Carlos.

DOÑA MERCEDES

Vaya usted con Dios. (Sale CARLOS.)

ESCENA CUARTA

MARIA DEL CARMEN y DOÑA MERCEDES

DOÑA MERCEDES

¡Ah! ¡Qué modo, qué modo de ser el tuyo! ¡No, no, no!

MARIA DEL CARMEN

¿Qué es ello? Diga usted, tía.

DOÑA MERCEDES

Que me has tenido sobre ascuas. Tu marido mi-

rándose en ti, sin saber el pobre qué hacerse contigo para agradarte, y tú..., como si tal cosa.

MARIA DEL CARMEN

¡Tía, por Dios! ¿Será que se figura usted que no le quiero a Carlos?

DOÑA MERCEDES

No, si sé que le quieres, y mucho. Pero eso no basta. Esa pasividad tuya, ese modo así de hacerte la desentendida que tienes, podría pasar, ¡y eso!, allá en la primera semanita de boda; pero no a los dos años casi de casados... ¡Mira que a los hombres, a lo mejor, se les acaba esa ilusión con que se casan! Y entonces... ¿O es que a tí no te arde la sangre en las venas, hija?

MARIA DEL CARMEN

¡Tía!

DOÑA MERCEDES

Y además de eso, y lo que es mucho peor, has dado en la gracia de creerte enferma. Y te gozas con ello.

MARIA DEL CARMEN

Enferma no, tía.

DOÑA MERCEDES

Sí. si yo sé lo que digo. Y créeme: tú te pondrías buena, y muy pronto, con sólo proponértelo. Pero te abandonas a ti misma, no tratas de dominarte. de alejar de ti ese humor sombrío. Y hazte cargo, hija, de que con tus sensiblerías acabarás por ponernos a todos en cuidado.

MARIA DEL CARMEN

Pero si nada deseo tanto como poder ahuyentar esta tristeza mía, como poder aventar con un soplo

de alegría todas mis penas, y ser feliz: ¡feliz!... Y aún más que por mí, lo deseo por Carlos. Si yo lo noto: mis pesadumbres le hacen sufrir en silencio, resignadamente. Y yo no debería ensombrecer su vida. En cuanto a mí...: ¿quién se atrevería a afirmar que no es merecido mi sufrimiento? ¿Sabe acaso nadie qué guarda en lo más íntimo el corazón de una mujer?

DOÑA MERCEDES

¡Palabras, puras palabras!, con las que no lograrás convencerme. Tus sufrimientos, y óyelo muy bien, no tienen otra realidad que la que les da tu exaltada fantasía.

MARIA DEL CARMEN

Sí lo sé. Eso es también lo que piensa Carlos, lo que se imaginan todos los que me rodean. Y sin embargo, si yo le abriese a usted mi corazón, como no lo he hecho nunca con nadie, comprendería usted toda mi tristeza y todavía más: acabaría usted, tía, por tenerme lástima, mucha lástima. Pero no... Aún puedo sobrellevar yo sola mis penas. Y no sólo eso, sino que ocultándolas a los ojos de todos, simularé que soy feliz. Y tanto empeño pondré en engañar a los demás, que quizá logre engañarme a mí misma. ¡Sí, yo también reiré, como no río hace mucho tiempo! ¡Reiré bulliciosa, infatigable, alocadamente!: ¡a carcajadas! ¡Reiré, reiré siempre! ¡Y riendo así, falsa, enganosamente, seré una triste sombra más entre los hipócritas que con el corazón destrozado pasan por la vida mintiendo felicidad!

DOÑA MERCEDES

¡Hija, qué manera de exagerar la tuya! Sosiégate. Ten calma. (Se oye reír a CHELA.) Oye... Ves, tu hermana Chela que viene hacia nosotros.

ESCENA QUINTA

Dichas, CHELA y después CARLOS

CHELA

(Entrando con un ramo de flores.) ¿No le dije a usted, tia, que haría un ramo precioso? ¡Mírelo usted! ¡Y tú, mi madrecita, mira qué flores más lindas! ¡Y usted, tia, mire usted ésta, qué coloradota y qué grande!

DOÑA MERCEDES

(Que aún está bajo la impresión que le causaron las últimas palabras de María del Carmen.) Sí, hijita, sí.

CHELA

¡Ay..., y qué lástima!

MARIA DEL CARMEN

¿Lástima de qué Chela?

CHELA

Una tonteria. Que viéndolas tan lindas a mis flores. tanto y tanto cariño les tengo, ¡tanto las quiero!, que me dan unas ganazas. unas tentaciones locas de comérmelas a besos, ¡a besos! Asi... (Besa las flores, algunas de las cuales se deshacen en un riego de pétalos.) Pero, ¡ay!, no. ¡Pobrecitas! ¡Las deshojaría a todas, acabarían por morirse mis florecitas!

MARIA DEL CARMEN

Y quizá no es asi algunas veces en la vida: que

alguien, queriéndonos mucho, ¡mucho!, y sin advertir el dolor que con su cariño nos causa, también pueda... como deshojarnos a besos el alma.

CHELA

¡Mi hermanita querida, mi madrecita, qué cosas tan tristes dices! Y yo que querría verte siempre contenta. Óyeme. Mira, ahora mismo voy a dejar en el comedor estas flores, que he recogido en honor de nuestros invitados, y en seguida estoy otra vez con ustedes. Tengo una de cosas que contarles. ¡Ja, ja, já! (Vase corriendo.)

DOÑA MERCEDES

¡Qué humor delicioso de criatura!

MARIA DEL CARMEN

Me distrae muchas veces con su alegría.

CARLOS

(Entrando.) Oye. Maria del Carmen, mis invitados que llegan. Ya están aqui. Voy a recibirles.

MARIA DEL CARMEN

Si, Carlos. (Carlos sale.)... Y yo que no me siento nada bien.

DOÑA MERCEDES

(En tanto que se dirige con MARIA DEL CARMEN a la puerta de entrada.) Olvídate de tus dolencias, hija... Y di: les conoces, ¿no?, a la señora de Gaspar y a su hermanito. (Suenan voces dentro.)

MARIA DEL CARMEN

Sí, tía.

CHELA

(Al entrar.) ¡Tía, tía!...

DOÑA MERCEDES

¡Chist! ¡A ver, hijita! Calla.

ESCENA SEXTA

Dichas, LUCIA y TOTON, y a poco CARLOS y GASPAR.

MARIA DEL CARMEN

(A LUCIA, que entra seguida de TOTON.) Señora...

LUCIA

¿Cómo está usted?

DOÑA MERCEDES

¡Lucia, tantísimo gusto!

TOTON

(A MARÌA DEL CARMEN.) Mis respectos, señora.

LUCIA

(A CHELA, besándola.) ¡Mi pequeña!

DOÑA MERCEDES

(A TOTON.) ¿Cómo le va, joven?

GASPAR

(Que entra con CARLOS, a MARIA DEL CARMEN.) Señora...

TOTON

(A CHELA.) Señorita...

DOÑA MERCEDES

Muy buenos días, Gaspar.

GASPAR

Doña Mercedes... Chela...

DOÑA MERCEDES

Les ha hecho un día lindísimo. ¿Verdad?

LUCIA

Sí, está el día muy lindo, hermosísimo.

MARIA DEL CARMEN

Tomen ustedes asiento. (A LUCIA.) Usted, señora... (A GASPAR.) ¿Y usted...?

GASPAR

Gracias.

CHELA

Siéntese usted, Totón.

TOTON

Mil gracias. (Y a la vez que suspira aduerme afeminadamente los ojos.) ¡Oh, qué *gentille!*

LUCIA

Deben ustedes pasarlo aquí muy bien. ¡Esto es muy bonito!

MARIA DEL CARMEN

Sí..., cierto.

GASPAR

(A CARLOS.) Tienes razón. Es mucho más campo de lo que yo creía.

CARLOS

Y con unas vistas muy hermosas.

CHELA

¡Ja, ja, ja! (A TOTON.) No; no le creo a usted.

DOÑA MERCEDES

(En tono de reconvención.) ¡Chela!

LUCIA

Y cómo he recordado ahora al venir las mañanas de París en el bosque de *Boulogne* ¡Qué paseos deliciosos! ¡Jamás los olvidaré! ¿Y tú, mi Totón?

TOTON

Les matins dans le Bois de Boulogne?... ¡Ah!...

DOÑA MERCEDES

Ustedes... ¿han estado mucho tiempo en París?

LUCIA

En París, unos meses.

DOÑA MERCEDES

(Con extrañeza.) ¿Nada más?

CHELA

¡Ja, ja, ja! (A TOTON.) Son cosas suyas.

DOÑA MERCEDES

¡Chela!, ¿qué es eso?

CHELA

¡Graciosísimo, tía! Que... (A Totón.) No, diga, dígalo usted.

TOTON

Si es la verdad: que en París los novios se besan en la calle. *Dit toi, ma soeur?*

LUCIA

¡Ah, sí! Y no debe verse nada malo en ello. Es una costumbre como otra cualquiera. ¡Y lo hace la mujer parisiense con tanta ingenuidad!

TOTON

¡Con tanta ingenuidad!...

DOÑA MERCEDES

Nosotros todavía no hemos llegado a eso, digo, a lo de los besitos en la calle. Pero también tenemos, ¡no crean eh!, también tenemos nuestras ingenuidades.

CARLOS

(A Gaspar.) ¿Qué te parece? ¿Las invitamos a las señoras? Daríamos unas vueltas por los alrededores.

GASPAR

Hombre, sí. Como gustes.

CARLOS

(Que se ha puesto de pie.) Si a ustedes, señoras, les parece bien. Se trata de dar un pequeño paseo. Podríamos llegar hasta el parque.

LUCIA

Con muchísimo gusto.

CHELA

¡Sí, sí, Carlos!

MARIA DEL CARMEN

(A LUCIA.) Pero antes, señora, pasemos a mis habitaciones. Se sacará usted allí el sombrero.

LUCIA

¡Ah, muy bien!

MARIA DEL CARMEN

Carlos, ¿nos aguardas un momento?

CARLOS

Sí, Maria del Carmen.

MARIA DEL CARMEN

¿Y tú, tía? Ven con nosotras.

DOÑA MERCEDES

Voy, hija. (Salen MARIA DEL CARMEN y LUCIA.) Con permiso de ustedes, eh.

TOTON

Es suyo, señora. Usted perdone. ¿Señorita, verdad?

DOÑA MERCEDES

Joven..., a cierta edad todas las mujeres somos señoras. Estén o no de por medio los hombres. (Sale.)

ESCENA SÉPTIMA

Dichos, menos MARIA DEL CARMEN, DOÑA MERCEDES Y LUCIA.

TOTON

¡Estén o no de por medio los hombres!...

CARLOS

Gaspar, recuerda que tengo ahí los papeles esos de que te hablé. Me darás tu opinión.

GASPAR

Ya los veremos. Tenemos tiempo de sobra.

CHELA

Y yo creía que usted era francés, Totón.

TOTON

No, yo no soy francés.

CHELA

¿De veras, Totón?

TOTON

Soy algo más que francés. Soy parisiense. Sí... ¡Totón, es todo un parisiense... de alma!

CHELA

¿Sí?... ¡París!... ¡Qué bonito debe de ser!

TOTON

¡Oh, París! ¡Dulce, sonriente, irónico París! Donde todo es superficial, frívolo, cambiante, volandero, móvil, fugaz. El parisiense de raza jamás ahonda en nada. Lo mismo en el amor. Tampoco ahonda: se desliza, roza, pasa..., pasa.

CARLOS

Gaspar, ¿oyes a tu cuñado?

GASPAR

Sí. Ese caballerito apenas si ha visto los bulevares de Paris, y se imagina el muy tonto que conoce a la Capital de las capitales, más grande, buena y bella de lo que muchos creen.

ESCENA OCTAVA

Dichos, MARIA DEL CARMEN, DOÑA MERCEDES y LUCIA

MARIA DEL CARMEN

(Entrando con LUCIA y DOÑA MERCEDES.) Ya estamos listas, Carlos.

CARLOS

Muy bien.

LUCIA

(A CHELA.) Mi pequeña, ¿tú irás conmigo?

CHELA

¡Oh, sí, señora!

CARLOS

(A LUCIA, ofreciéndole el brazo.) Y a la vez me ofrezco yo, señora, para hacerle a usted compañia.

LUCIA

¡Qué amable es usted! Muchísimas gracias.

DOÑA MERCEDES

(Bajo a MARIA DEL CARMEN.) Si supieras qué pocas ganas tengo de zarandearme por ahí de un lado para otro.

CHELA

¿Hasta dónde iremos, Carlos?

TOTON

Sobre el campo, como los grandes generales, trazaremos nuestro plan. *Allons!*

LUCIA

¡Muy bien, mi Totón! (Salen conversando TOTON y CHELA.)

GASPAR

(A MARIA DEL CARMEN, en voz baja y con tono de amenaza.) ¡María del Carmen!...

MARIA DEL CARMEN

(Poseída de emoción). Es que no iré. ¿Me ha oído usted?... (Y a DOÑA MERCEDES.) ¡Tía, por favor!...

DOÑA MERCEDES

(Sobresaltada, acudiendo a donde está MARIA DEL CARMEN.) ¡Hija!.... ¡Eh!.. ¿Qué tienes?...

LUCIA

(Desde la puerta, a MARIA DEL CARMEN.) Señora, ¿y usted no viene?

CARLOS

(A GASPAR.) ¿Las acompañas tú?

GASPAR

Con muchísimo gusto.

MARIA DEL CARMEN

No, Carlos... Nosotras nos quedamos. Yo no estoy bien. Y tú no te enfadas, ¿verdad, Carlos?

CARLOS

No, mujer. Vamos, Gaspar. (Salen.)

ESCENA ULTIMA

MARIA DEL CARMEN y DOÑA MERCEDES

DOÑA MERCEDES

Pero..., ¿qué ha sido?... ¡Me has dado un susto!

MARIA DEL CARMEN

No sé... Sentí de pronto que un horrible calofrío me estremecía toda entera.

DOÑA MERCEDES

Cuando acordé, estabas más pálida que una muerta, desencajada. Si hasta me pareció que ibas a dar contigo en el suelo.

MARIA DEL CARMEN

No me ha sucedido otras veces. Estuve a punto de desvanecerme.

DOÑA MERCEDES

Menos mal que Carlos apenas si advirtió que algo te ocurría. No así Gaspar. Ése no te quitaba los ojos de encima.

MARIA DEL CARMEN

No ha cambiado ese hombre. Su misma manera insolente de mirar, y esa su sonrisa helada que jamás se le cae de los labios. ¡Qué no daría por no verle!

DOÑA MERCEDES

¡Hija! No sé por qué has de tenerle semejante aversión. Cierto que él te festejó un tiempo. Pero... A lo menos, lo que nos imaginamos todos entonces, fue que tú no le querías.

MARIA DEL CARMEN

Y no, tía; no. Yo no le quise, no pude quererle jamás. Carlos, y usted mejor que nadie lo sabe, ha sido y es mi único amor. Y más, mucho más aún: Carlos es toda mi vida. ¡Mi vida, sí, porque yo no concibo que las mujeres podamos tener otra vida que no sea la de nuestros amores!

DOÑA MERCEDES

Si te creo. Y por otra parte, Gaspar, tal como es él, con ese su genio desabrido, sin un solo arranque de generosidad nunca, francamente..., no me parece que sea de los hombres capaces de ganarse la voluntad, el corazón de las mujeres.

MARIA DEL CARMEN

Tiene usted razón, tía. No es de los hombres capaces de ganarse para sí, a fuerza de cariño, el corazón de las mujeres; pero es de aquellos que son capaces de arrancárselo sin piedad.

DOÑA MERCEDES

¿Qué estás diciendo? Tú acabarás, hija, por darme en qué pensar. Habla: ¿qué mal puede haberte hecho a ti Gaspar?

MARIA DEL CARMEN

¡No le nombre usted más!

DOÑA MERCEDES

No; no, María del Carmen. Esta vez has de explicarte, y muy claramente.

MARIA DEL CARMEN

¡Tía..., por Dios!

DOÑA MERCEDES

Y deja ya de dar a entender no sé qué cosas por medias palabras. ¿Me has oído?

MARIA DEL CARMEN

¡Dios mío!

DOÑA MERCEDES

¡Qué extraños pensamientos!... Me parece estarte viendo como cuando eras niña, mucho tiempo hace... Tu repentina tristeza... Ese tedio tuyo..., tu desgano de vivir, cosas que nunca acerté a explicarme... Y, precisamente, ahora recuerdo, fue en la época en que Gaspar... Y desde entonces sonríes así, muy tristemente... Después, la inopinada desaparición de ese hombre... (Exaltándose) ¡María del Carmen! ¡Hija de mi alma! ¡Haz, por Dios, que deseche este mal pensamiento! ¡No, no! ¡Si no puede ser!...

A un tiempo:

DOÑA MERCEDES	MARIA DEL CARMEN
¡María del Carmen!...	¡Dios mío!...

MARIA DEL CARMEN

¡Tenga usted compasión de mí!

DOÑA MERCEDES

¡Eh!...

MARIA DEL CARMEN

(Sollozando) ¡Sí..., ese hómbre!... ¡Qué horror!... ¡Si a veces pienso que no, que ello es mentira, que no pudo haberme ocurrido!... ¡Fue como una horrible pesadilla!... ¡Logró ejercer sobre mí, por modo extraño, no sé qué satánica fascinación! ¡Y sin que yo pensara jamás darme a su deseo..., con engaños..., amparado de mi inocencia!...

DOÑA MERCEDES

¡Tú, hija mía!...

MARIA DEL CARMEN

¡Dios..., Dios que me dejó de su mano!

DOÑA MERCEDES

¡Ah, ese hombre no tiene perdón!

MARIA DEL CARMEN

Y ahora, un instante hace, he vuelto a leer en sus ojos... no sé qué siniestro deseo. ¡En sus ojos, que con sólo mirarme, hielan la sangre en mis venas!

DOÑA MERCEDES

¡Hija, hija mía!

MARIA DEL CARMEN

¿Y la que ha descendido como yo hasta el arroyo, enlodándose en él, y se halla envilecida, deshon-

rada, merece acaso ser amada, amada de verdad por un hombre bueno? ¡No, mil veces no! ¡Qué lejos estoy, Dios mío, de merecer el amor de Carlos! Y no obstante, he de aceptar ese amor suyo, me veo obligada a ello, sí, y antes que por egoísmo o miedo, por su grandeza misma, que hace en mí que no me atreva a destruirlo... ¡Y ése es mi sufrimiento! ¡Este sufrimiento mío que a todas horas, implacablemente, me atenacea el alma! Es la horrible expiación de mi culpa: ¡ser amada sin merecerlo por el elegido de mi corazón!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala en casa de Carlos, en la ciudad

ESCENA PRIMERA

MARIA DEL CARMEN y DOÑA MERCEDES

DOÑA MERCEDES

(Que está cosiendo a mano.) Tú nada tienes que agradecerme. Te prometí que en cuanto volvieses a la ciudad, viviría de nuevo contigo. Y aquí me tienes, contentísima. Hija: quizá no sea yo la que deba de dar las gracias.

MARIA DEL CARMEN

¿Que haya usted de dar las gracias?... ¡Tía!... ¿O no ha pensado usted qué sería de mí sin su bondadosa solicitud, con la que todos contamos en esta casa?

DOÑA MERCEDES

No exageres, por favor.

MARIA DEL CARMEN

Y al verla a usted así, viviendo de nuevo con nosotros, cómo no he de acordarme de los días de mi infancia, allá en el que fue nuestro humildísimo hogar, después de la muerte de mi pobre madre, cuando Chela era muy pequeñita.

DOÑA MERCEDES

(Refiriéndose a la costura.) Esto ya está.

MARIA DEL CARMEN

¿Se acuerda usted, tía?

DOÑA MERCEDES

Sí, hija, sí. ¡Ya lo creo que me acuerdo!

MARIA DEL CARMEN

¡Cuántos sacrificios no habrá realizado entonces por nosotras! ¡Y que no haya de quererla a usted con toda mi alma, y de tenerle mucha, pero mucha gratitud!

DOÑA MERCEDES

Sí, sí. Pero deja esos recuerdos, que no hacen sino entristecerte, y no olvides que me tienes muy formalmente prometido hacer cuanto puedas por sacudir de ti todas tus tristezas.

MARIA DEL CARMEN

¿Y no he cumplido, si no del todo, por lo menos en parte, mi promesa? ¿No he pasado unos días muy bien, tan alegre casi como Chela?

DOÑA MERCEDES

Unos días, bien dices. Fueron unos pocos días, nada más. ¿Y luego?... Bastó..., ¿qué?, una cosa de nada, una tontería, para que volvieses a ponerte como antes.

MARIA DEL CARMEN

Tía, es que no quiere usted comprender...

DOÑA MERCEDES

No, hija; no. Ideas que tú te formas. Porque dime: ¿qué molestias puede ocasionarte a ti que tu marido haya instalado aquí, en su misma casa, su escritorio, sus oficinas?

MARIA DEL CARMEN

No es eso...

DOÑA MERCEDES

¿Cómo que no es eso?

MARIA DEL CARMEN

Óigame usted, tía. No digo yo que me sea molesto que Carlos trabaje en casa. Muy al contrario. Sólo que de ese modo, y usted no ha reparado en ello, ha conseguido ese hombre acercarse a mí, penetrando en mi mismo hogar.

DOÑA MERCEDES

Cosas que das en pensar, y que no pasan de ser sino puras imaginaciones tuyas. ¿Cómo supones que Gaspar pueda abrigar ciertas esperanzas con respecto

a ti, sabiendo, como él sabe muy bien, cuánto le quieres a tu marido? ¡Hija..., ni que tuviera el Gaspar ese la cabeza a las once!

MARIA DEL CARMEN

Qué más quisiera que haberme equivocado. Pero ..

DOÑA MERCEDES

Ya verás cómo terminas dándome en eso razón. Sí..., sí. Y en cuanto a tenerle siempre junto a ti a Carlos...: felicítate. ¡Ya querrían muchas que no se les despegasen de las faldas sus maridos! ¡Ya querrían! (Se oye a CHELA, que ríe dentro.)

CHELA

(Desde dentro.) ¡Mi madrecita!... ¡Tía!...

DOÑA MERCEDES

Chela, que vuelve del colegio. (Llamando.) Ven, hijita, ven.

ESCENA SEGUNDA

Dichas, y CHELA, con traje de colegiala.

CHELA

¡Un beso, mi hermanita querida, mi madrecita!... (La besa.) ¡Tía!... (También la besa.) ¡Ay, qué con-

tenta, qué contenta vengo! ¡Nunca he sentido una alegría tan grande!...

DOÑA MERCEDES

Hijita, di, ¿qué te trae así?

CHELA

Oiga usted, tía. Y oye tú, mi madrecita. Si yo sé que también ustedes van a alegrarse mucho.

DOÑA MERCEDES

A ver, di, ¿qué es ello?

CHELA

¿Cómo decírselo a ustedes? Pues..., que en una de las clases de esta tarde he sacado el primer premio en composición, que es como decimos nosotras. ¡Sí, yo, y entre todas las niñas de la clase!

MARIA DEL CARMEN

¡Tú, Chela!

DOÑA MERCEDES

¡Ah, muy bien; muy bien!

MARIA DEL CARMEN

Y di, Chela, ¿sobre qué escribiste?

CHELA

Y..., ¿si no les agradase?

DOÑA MERCEDES

Está bueno. ¿Por qué no ha de agradarnos?

CHELA

¡Ah!... Pero yo querría que Carlos también se enterase. (Mirando al interior.) Y yo no voy ahí. Está siempre Gaspar, y tan seriote como es él. Si le llamase a Carlos, ¿eh?

DOÑA MERCEDES

¿Qué vas a hacer? No, hijita.

MARIA DEL CARMEN

Luego le dices todo lo que quieras, Chela.

CHELA

Ustedes tienen razón... Y es que yo, como soy así..., no me doy cuenta muchas veces de lo que debería...

DOÑA MERCEDES

Bueno, hijita, deja ya eso a un lado. Y cuéntanos...

CHELA

¡Ah! Y verá usted, tía. Y tú, mi madrecita, escúchame también.

MARIA DEL CARMEN

Si te estamos oyendo, Chela.

CHELA

¡Uy! Al principio, qué apuros fueron los míos. La madre Cristina dispuso que cada una de las niñas de la clase escribiese algo; pero que ella no nos daba tema ninguno. Todas, unas primero y otras después, se pusieron a trabajar, y solamente yo, por más que hacía, no hallaba qué decir. ¡Qué desesperación la mía!

DOÑA MERCEDES

Muy raro que no se te ocurriese algo. Y tan luego a ti, que estás a cada momento imaginando y diciendo la mar de cosas.

CHELA

¡Y las veces que mordí, desesperada, mi lapicero! Hasta que la madre Cristina, que es muy buena, compadecida de mí, se me acercó y me dijo que no era posible que alguna vez no hubiese pensado yo en algo bueno, en algo hermoso; que tratase de hallar en mi alma ese pensamiento que indudablemente había tenido, y que lo dijese con sencillez, tal como él era... ¡Ah!, entonces me di cuenta de que había sido muy tonta. Claro que sí, que yo, a solas..., como soñando..., he pensado muchas veces en algo que desearía para todos..., y que a mí me parece muy hermoso.

DOÑA MERCEDES

¡Ahí tienes! ¿Ves? ¡Si ya decía yo que no habría de faltarte una idea cualquiera!

CHELA

Y me puse a escribir. Y luego, cuando la madre Cristina hubo leído los trabajos que le entregamos,

nos anunció a las niñas de la clase que a mí me correspondía el primer premio. ¡Qué sorpresa la mía! ¡Cómo iba yo a imaginar! ¡Ay, sentí que el corazón me daba muchos saltos! ¡Qué contento, qué contento el mío!

MARIA DEL CARMEN

Y dinos, Chela, lo que escribiste.

CHELA

Fue sobre la alegría que tuvo un Rey... Y es como un cuento.

DOÑA MERCEDES

¿A ver, a ver?

CHELA

Pues....que era un Rey, un Rey tan rico y poderoso, que todas las cosas que quería las podía siempre tener, y además de ser así..., también era muy bueno el Rey de mi cuento. Y cierta vez, quizá fue en un sueño, tuvo el buen Rey un deseo: de que ya no hubiera tristeza en la tierra. Y para lograrlo, adquirió con su tesoro, que era inmenso, muchas y muchas cosas. y todas ellas no eran sino dones de alegría para los seres tristes...

MARIA DEL CARMEN

Chela, ¿qué dones de alegría eran ésos?

CHELA

Yo dije que eran muchos, y que al recibirlos los seres que sufrían de manos del Rey, cambiaban siem-

pre su llanto en risa; pero no acerté a decir qué dones eran. Pensé, entre otras cosas, en el cariño, o sea, en el amor, y luego me pareció que no..., que no siempre da la alegría...

DOÑA MERCEDES

Bien, hijita; pero prosigue. ¿Y luego?

CHELA

Ahora ya es el final.

DOÑA MERCEDES

Dilo.

CHELA

¡Ay, pobrecito! Que mi Rey, después de haber andado fatigosamente repartiendo alegrías y más alegrías por todos los caminos del mundo, haciendo que rieran los niños de caritas pálidas, que dejaran de sufrir las madres y que ya no tuvieran horribles angustias los hombres, se quedó... muy solo y muy pobre... Entretanto, el mundo entero reía alegre, alegremente. Y entonces ocurrió algo muy hermoso, y fue como un milagro. El Rey, que no se había reservado para sí ningún don, sin quererlo, sin desearlo él, también estaba alegre. Y era que el Rey, que había sido muy rico y poderoso, sentía en medio de su soledad y de su pobreza, la inmensa alegría de haber sido bueno con los tristes, de haber sido generoso para con los pobres y humildes de la tierra.

MARIA DEL CARMEN

¡Qué hermoso, qué hermoso!

CHELA

Y ésa fue la alegría que sintió el Rey de mi cuento, que yo dije que vivió muchos años y fue siempre muy feliz.

DOÑA MERCEDES

Muy bonito, sí. Pero no te llenes, hijita, la cabeza con muchos sueños y fantasías. Advierte que todo eso no es sino humo, puro humo, que muchas veces hace que no pueda verse claramente la realidad.

CHELA

No, tía. Si yo lo he pensado un montón de veces, y muy seriamente. Yo desearía ser como el Rey de mi cuento. Porque, como yo digo, aun cuando no seamos muy ricos y poderosos, ¿podremos acaso tampoco ser tan pobres, tan pobres, que nos falte una alegría, aunque sea muy pequeñita, para darla a alguien?

MARIA DEL CARMEN

Sí, Chela, sé siempre como tú dices, y usted, tía, déjela que huya cuanto pueda de la realidad con sus alas de ilusión y de quimera. ¡Déjela, déjela usted que sueñe!... ¡Si yo pudiera!

DOÑA MERCEDES

¡Vaya con mis sobrinitas! Lo que falta ahora es que den en ser sentimentales. ¡Qué hijas, qué hijas éstas!... ¡Ah! Y, a propósito. Se me había olvidado, (A CHELA.) Hoy ha de venir a buscarte para salir a paseo la señora de Gaspar. ¿Sabías?

CHELA

Sí, tía.

MARIA DEL CARMEN

Chela, ve a mudarte de ropa. (CHELA se dispone a salir.)

DOÑA MERCEDES

Aguarda, hijita. Voy contigo. ¡Qué cosas no harías tú sola!

MARIA DEL CARMEN

No sea, tía, que se les haga tarde.

DOÑA MERCEDES

(A MARIA DEL CARMEN.) Ya verás cómo se hace aguardar esa señora. Con el tienpo que debe de perder en sus *toilettes*, probándose los modelos de París, que seguramente usa.

MARIA DEL CARMEN

¡Tía!

DOÑA MERCEDES

Ven, Chela.

CHELA

Sí, tía. (Salen DOÑA MERCEDES y CHELA.)

ESCENA TERCERA

MARIA DEL CARMEN y CARLOS

MARIA DEL CARMEN

¡Dios mío!

CARLOS

(Que entra sin ser sentido.) María del Carmen...

MARIA DEL CARMEN

(Volviéndose sorprendida.) ¡Tú!...

CARLOS

Sí..., yo... (Y se deja estar un instante pensativo.)

MARIA DEL CARMEN

(Acercándosele.) Carlos..., ¿qué tienes?

CARLOS

No es la primera vez que me ocurre esto contigo. Que al hablarte, de pronto, María del Carmen, es como si te sorprendiera mi voz.

MARIA DEL CARMEN

Tan a solas estaba con mis pensamientos..., que...

CARLOS

Y mis deseos serían que, lejos de sorprenderte nunca mi voz, fuera ella siempre para ti como un eco familiar... de esos tus pensamientos.

MARIA DEL CARMEN

¡Carlos!..., ¡dime!..., ¿dudas tú de mi cariño? ¿Es eso, Carlos... ¿Verdad que no?..., ¡dime, dímelo tú!... Pero no... Aun cuando no me lo dijeras, a pesar de tu silencio, yo estaría segura, sí, de que tú crees en este amor mío. Y no por lo que hayan podido decirte mis palabras..., mis pobrecitas palabras, iguales quizá a las de los otrós amores, sino por lo que tiene de indefinible este cariño mío. Algo, que es como el alma misma de todo verdadero querer, que no se explica; pero que tampoco engaña nunca. Y que tú, Carlos, no puedes haber dejado de sentir.

CARLOS

¡María del Carmen!...

MARIA DEL CARMEN

Y si no, Carlos, dime, mirándome a los ojos, si no están ellos con su luz diciéndote que te quiero, ¡que te quiero mucho!

CARLOS

¡María del Carmen!... ¿Dudar yo de tu cariño?: ¡no! ¿Cómo has podido pensar en ello? Y no sólo no dudaría nunca de él por ti, sino por mí mismo, puesto que jamás he de dejar de merecerlo.

MARIA DEL CARMEN

Carlos ,recuerdo haberte dicho otra vez: que yo no concibo como podrías tú, ¡nunca!, dejar de merecer este amor mío.

CARLOS

No, María del Carmen. Querámonos, sí; pero por merecedores ambos de este nuestro amor.

MARIA DEL CARMEN

¡Carlos!...

CARLOS

Y mis palabras de hace un instante, María del Carmen, sólo se referían a esos tus pensamientos, que te me roban durante horas y más horas, cuando deberías tú ser toda, toda mía, hasta en tus instantes más pequeñitos.

MARIA DEL CARMEN

¡Carlos!...

CARLOS

Mi María del Carmen, ¿por qué ese afán tuyo en negarte a sentir la alegría de vivir, que yo querría ver asomada siempre, riendo perennemente, en el bello milagro de luz de estos ojos? *(Y la besa.)*

MARIA DEL CARMEN

¡Carlos!... Sí... Dices bien. Si lo sé. Hasta por gratitud para con los que me quieren bien, debo ser feliz.

CARLOS

No, María del Carmen, antes que por nadie, debes serlo por ti, por ti misma.

MARIA DEL CARMEN

Sí, Carlos. Y lo seré...

CARLOS

Bien... (Disponiéndose a salir.)

MARIA DEL CARMEN

¿Vas a salir?

CARLOS

Sí, María del Carmen. He de despachar un asunto de poca importancia. A eso iba un momento hace, cuando me encontré contigo. No tardaré mucho. Ahí está Gaspar trabajando. ¿Te quedas tú aquí?

MARIA DEL CARMEN

Sí, Carlos.

CARLOS

Conque..., (Acariciándola.) hasta después. María del Carmen.

MARIA DEL CARMEN

Hasta luego, Carlos.

ESCENA CUARTA

MARIA DEL CARMEN, GASPAR, después, CARLOS, y luego DOÑA MERCEDES

GASPAR

(Entrando de puntillas.) María del Carmen, óyeme.

MARIA DEL CARMEN

(Azorada.) ¡Usted!...

GASPAR

Te exijo que me oigas.

MARIA DEL CARMEN

¡No, no! (Y se dirige a la puerta por donde ha salido CARLOS.) ¡Carlos!... ¡Carlos! Ven. Mira, Carlos. (A CARLOS, que entra, con naturalidad.) Gaspar, que desea hablarte. Acaba de preguntarme por ti.

CARLOS

¿Sí? (A GASPAR.) Aquí me tienes. A punto estaba de salir. ¿Qué hay, Gaspar?

GASPAR

Nada... Me pareció oírte hablar aquí. Le pregunté a tu esposa, a María del Carmen, por ti... Y como aún no habías salido...

MARIA DEL CARMEN

Yo les dejo.

CARLOS

Bueno, María del Carmen. (Sale MARIA DEL CARMEN.) Iba yo ahora a terminar ese asunto. Sí, y decidido a darle fin de uno u otro modo.

GASPAR

Carlos..., pecas de impaciente.

CARLOS

Muy cierto. Y soy yo el primero en reconocerlo. ¿Qué quieres? Carezco de ese don particularísimo

que tú tienes para sortear las mayores dificultades. Y puedes creerme: más de una vez me ha llamado sobre manera la atención tu pertinacia, esa tu obstinación...

GASPAR

Pertinacia, obstinación, en las que ha de buscarse el secreto de los más de los éxitos, y de no pocos triunfos.

CARLOS

No dudo de ello. Y no obstante... Para que veas. Yo, que en la vida he dejado malograr muy bellas ocasiones, creo... que te llevo una ventaja.

GASPAR

(Sonriendo irónicamente.) ¿A ver?

CARLOS

No, no lo tomes a broma. Di, Gaspar: ¿qué sería de ti, acostumbrado como estás a salir siempre con bien de todas tus empresas, si a pesar de tu afán, de tu empeño, no te fuese dado lograr algo que ambicionases con toda el alma... Contéstame. (Y CARLOS, paseándose, se aleja de GASPAR.)

GASPAR

(Quedamente.) ¡Si no me fuese dado lograr algo que ambicionase con toda el alma!...

CARLOS

¿Eh?... ¿Qué dices?... Veamos: ¿qué sería de ti si llegases a escollar de ese modo contra la realidad?

GASPAR

(De nuevo en voz baja.) ¡Sólo de pensarlo!...

CARLOS

¡Ja, ja, ja! ¡Qué cara pone el hombre voluntarioso! ¡Si no es para tanto! Y, pasando a otra cosa... (Y se suspende, al reparar en la extraña actitud de GASPAR.) Hombre..., ¿pero qué te ocurre? Nunca te he visto así. ¿O acabarás por convencerme de que algo tienes, de que en realidad estás enfermo, como tú dices?

GASPAR

No..., nada; si no ha sido nada. Un malestar pasajero. Mis malditos nervios, tú lo sabes, con los que no puedo a veces.

CARLOS

¡Bah, bah, bah!... Y di, Gaspar, ¿no te parece que salgamos?

GASPAR

Sí, a ti aún te queda tiempo para arreglar eso. Yo... (Como quien ha concebido una idea que se propone llevar a cabo.) Yo, preferiría seguir trabajando.

CARLOS

Como te parezca.

DOÑA MERCEDES

(Entrando.) ¡Ah! ¿Estaban ustedes aquí?

CARLOS

Pero la dejamos a usted en este mismo momento. Regreso en seguida, Gaspar... Doña Mercedes...

DOÑA MERCEDES

Adiós, Carlos. (Sale CARLOS.)

GASPAR

(Saludando.) Doña Mercedes...

DOÑA MERCEDES

Adiós. (GASPAR entra en el escritorio.)

ESCENA QUINTA

DOÑA MERCEDES, MARIA DEL CARMEN, y después CRIADA

MARIA DEL CARMEN

(Entrando, y con voz desmayada.) ¡Tía!... La buscaba a usted.

DOÑA MERCEDES

¡Eh!... ¿Qué, te sientes mal?

MARIA DEL CARMEN

No.

DOÑA MERCEDES

¿Y entonces?...

MARIA DEL CARMEN

¡Ese mal hombre!...

DOÑA MERCEDES

¿Qué..., qué dices?

MARIA DEL CARMEN

Que ha dado en seguirme los pasos.

DOÑA MERCEDES

¿Eh?

MARIA DEL CARMEN

Sí. Un momento hace pretendió hablarme a solas, aquí.

DOÑA MERCEDES

¡Quién creyera! ¡Vaya con el atrevimiento! ¿Y qué pretensiones podrá tener ese tío?

MARIA DEL CARMEN

Hundirme de una vez para siempre: ¡eso! ¡Si no pueden ser otros sus malos deseos!

DOÑA MERCEDES

Cálmate, hija. No debes tomarlo así.

MARIA DEL CARMEN

No me engañaron mis presentimientos. Si no hay mal que me anuncie el corazón que no me ocurra siempre, fatalmente.

DOÑA MERCEDES

Sosiégate. ¿Qué sacarás con ponerte de ese modo? Ya veremos con calma lo que haya de hacerse... ¡Valiente desvergonzado!

MARIA DEL CARMEN

Y Carlos, ¡pobre!, que peca de bueno, de generoso, fiado en él, y hasta pendiente de su voluntad, sin sospechar que ese mal hombre es de los que llaman en son de amistad a la puerta de los hogares para apagar en ellos su fuego sagrado con su baba inmunda.

DOÑA MERCEDES

¡Por favor, hija! Trata de recobrarte. ¿Qué remedio te queda sino llevarlo con paciencia?... Y mira, no sea que alborotemos tanto, que llegue Carlos a enterarse.

MARIA DEL CARMEN

Sí, si ya sé que sólo me resta esperar en Dios. ¡Y bien sabe Él cuánto, cuánto le tengo pedido ya por mi tranquilidad!

DOÑA MERCEDES

¡Hija!...

CRIADA

(Entrando.) Con permiso.

DOÑA MERCEDES

¿Qué hay?

CRIADA

La esposa del señor Gaspar, y el niño ese que la acompaña.

DOÑA MERCEDES

Hazles pasar... Y oye: a Chela le dices que venga.

CRIADA

Está muy bien. (Sale.)

DOÑA MERCEDES

Ya me parece estarla oyendo a la buena señora preguntar por «la pequeña». En fin, después de todo, ha de agradecérsele el afecto que le tiene.

ESCENA SEXTA

Dichas, LUCIA y TOTON

MARIA DEL CARMEN

(A LUCIA y TOTON, que entran precedidos de la CRIADA.) Pasen ustedes adelante. ¡Cuantísimo gusto!

LUCIA

(A MARIA DEL CARMEN.) Señora, ¿cómo está usted?

DOÑA MERCEDES

Muy buenas tardes, Lucía.

TOTON

(A MARIA DEL CARMEN.) Señora...

MARIA DEL CARMEN

Totón, me alegro de verle.

TOTON

Doña Mercedes...

DOÑA MERCEDES

¿Cómo le va, qué nos dice usted, joven?

TOTON

Señora..., que soy un hombre feliz. Tal como suena: ¡feliz! *N'est-ce pas vraie, ma soeur?*

LUCIA

Sí, mi Totón. Y es que mi hermanito está muy contento, ¡contentísimo!, porque ha realizado uno de sus más hermosos sueños.

TOTON

¿Uno de mis más hermosos sueños? ¡Oh, no! *Plus encore, ma soeur!* Yo he alcanzado mi más bello ideal.

MARIA DEL CARMEN

¿Si? Le felicito a usted.

TOTON

Gracias, señora.

DOÑA MERCEDES

Y vamos a ver, díganos en que consiste ello. Sepamos cuál es ese bello ideal de un joven de hoy día.

TOTON

Ser *sportsman*, señora. Aquí donde me ven ustedes, soy todo un verdadero *chauffeur*. ¡Sí, Totón

guía una poderosa, bellísima máquina! *N'est pas vraie, ma soeur?*

LUCIA

Sí, mi Totón. (A MARIA DEL CARMEN.) Un coche muy lindo que ha comprado Gaspar.

TOTON

Y con un motor excelente. No hay temor de quedarse *en panne.*

LUCIA

Ah, les pannes! Me mortifican de un modo. Recuerdo que cierta vez en París...

MARIA DEL CARMEN

Con razón. Eso debe de ser molestísimo.

LUCIA

A mí me ponen nerviosísima.

TOTON

Sí. es algo que mata la poesía de los viajes, ese goce tan lindo que tiene uno de llegar hasta el fin. ¡Hasta el fin! No, yo nunca me he quedado *en panne. Pas encore!*

LUCIA

(A MARIA DEL CARMEN.) ¿Y la pequeña? ¡Qué chica más adorable!

MARIA DEL CARMEN

Viene en seguida, señora.

DOÑA MERCEDES

Voy a ver qué está haciendo esa criatura.

MARIA DEL CARMEN

Sí, tía.

DOÑA MERCEDES

Con permiso de ustedes.

TOTON

Es suyo se... señora. (Sale DOÑA MERCEDES.) Ni por casualidad me equivoco otra vez. *Jamais.*

ESCENA SÉPTIMA

MARIA DEL CARMEN, LUCIA y TOTON

LUCIA

Y usted, señora, ¿se halla mejor desde su regreso a la ciudad?

MARIA DEL CARMEN

No... Estoy lo mismo.

LUCIA

Y pensar que usted se repondría, se lo aseguro, con sólo viajar. Para mí nada tan encantador. Pero por ahora hemos de tener paciencia. Están de engolfados en sus quehaceres, ¡y de qué modo!, nuestros maridos, sobre todo el mío. Con seguridad que ahora está ahí dentro.

MARIA DEL CARMEN

Creo que sí.

TOTON

¿Deseas que le llame? *Veux-tu, ma soeur?*

LUCIA

No, mi Totón. Era nada más que por preguntar, por mera curiosidad. Aun cuando buena falta le hace a Gaspar distraerse un poco. Es mucho lo que se esclaviza trabajando. No debería. ¡Ah!... Ya no es el que antes era. Ha dado un cambio. ¡Es otro, otro hombre! Pero yo conseguiré con él que volvamos a París. ¡París, ése es mi sueño dorado!

TOTON

¡Ah, París!... ¡París!... Y sin embargo, sin embargo...

LUCIA

Qué, ¿di, mi Totón?

TOTON

Que esto también tiene una que otra cosita con mucho *sprit*, con bastantito sabor parisiense.

MARIA DEL CARMEN

Indudablemente Y quizá esas cosas a que usted alude no sean las mejores de las muchas muy nuestras y muy hermosas que tenemos.

TOTON

¡Oh, señora!... Perdóneme usted. Lo parisiense es siempre insuperable. *¡Tou jours* insuperable!... ¡París!...

LUCIA

¡París!...

TOTON

(Canturrea la parte que se sigue de una de las últimas canciones parisienses en boga: «Dit'n mot m'mieur chevalier».)

«Manizelle · Vallée, Manizelle Vallée.»
«C'est que ces jeunnes filles sont tout a fait prudentes»
Pin, pan... Pin, pan.

ESCENA OCTAVA

Dichos. DOÑA MERCEDES y CHELA

DOÑA MERCEDES

(Al entrar con CHELA, a LUCIA.) **Aquí la tiene usted, Lucía.**

CHELA

(A LUCIA.) Señora...

LUCIA

¡Mi pequeña! ¿Cómo estás? (La besa.)

CHELA

Totón...

TOTON

Tengo que darle una gran noticia.

CHELA

¿Sí? ¿A ver, a ver, Totón?

TOTON

Que hoy salimos en el coche más lindo que hay en toda la ciudad. ¡Y qué motor!

CHELA

¿Sí, de veras? Tía, si se animase usted y viniese con nosotros. ¿Sí?

DOÑA MERCEDES

¿Con ustedes? No, hijita.

CHELA

¿Por qué, tía?

DOÑA MERCEDES

¡Salir yo hecha una loca por esos caminos de Dios, medio ahogada en una nube de polvo, asustando a la gente con el aullido de la bocina, despanzurrando perros y otros animalitos, y con el riesgo de romperme algo a cada momento! ¡No faltaba más!

TOTON

¡Señora, que soy yo, Totón, quien maneja!

CHELA

¡Tía, por Dios!

MARIA DEL CARMEN

(A LUCIA.) Sí, señora, en cuanto esté mejor, tendré muchísimo gusto en salir con usted.

LUCIA

Bien, señora. Y mis recuerdos a Carlos.

MARIA DEL CARMEN

Gracias.

LUCIA

¿Nos marchamos, mi pequeña?

CHELA

Sí, señora.

MARIA DEL CARMEN

Deseo que se diviertan ustedes mucho.

LUCIA

Gracias. Y hasta luego, señora... Doña Mercedes...

DOÑA MERCEDES

Que les vaya a ustedes muy bien.

TOTON

Adiós, señora.

MARIA DEL CARMEN

Adiós, Totón.

TOTON

Doña Mercedes...

DOÑA MERCEDES

Y ándese usted con cuidado.

TOTON

¡Si viera usted cómo manejo!

CHELA

Adiós, mi madrecita.

MARIA DEL CARMEN

Pórtate bien, Chela.

CHELA

Tiíta, hasta luego.

DOÑA MERCEDES

Adiós, hijita.

TOTON

Au revoir!... Au revoir!...

MARIA DEL CARMEN

(A tiempo de salir LUCIA, CHELA y TOTON.) Adiós Adiós...

ESCENA NOVENA

MARIA DEL CARMEN y DOÑA MERCEDES

MARIA DEL CARMEN

¡Pobre mujer!

DOÑA MERCEDES

¿Qué quieres decir?

MARIA DEL CARMEN

Que esa pobre mujer tampoco es feliz en su matrimonio.

DOÑA MERCEDES

¿Quién, Lucía? ¿Y te lo ha dicho a ti?

MARIA DEL CARMEN

No. Me lo han dejado adivinar sus palabras. Que su esposo está siempre preocupado, que...

DOÑA MERCEDES

Con tal que no dé con la verdadera causa.

MARIA DEL CARMEN

Ella atribuye su estado a exceso de trabajo.

DOÑA MERCEDES

Si no fuera más que eso. Pero, más vale así. Y para que veas, hija, que no todas tienen un marido como el tuyo. Y tú, con tus simplezas, sin querer disfrutar de la dicha que él con su cariño, con su verdadero amor te ofrece.

MARIA DEL CARMEN

(Con tristeza.) ¡El amor de Carlos!...

DOÑA MERCEDES

¿Dudas de él?

MARIA DEL CARMEN

No, tía. Es que creo no merecerlo. A haber sido yo otra, la que dejé de ser en un momento malo de mi vida, ese amor hubiera hecho mi más bella felicidad. Carlos, ignorándolo, y sin que quizá llegue nunca a saber la verdad, sólo ama en mí a la engañosa María del Carmen que yo le ofrezco a sus ojos. ¿Y ese cariño suyo, cómo ha de brindarme a mí, que no me pertenece, la más pura e inefable de todas las alegrías, la que da el amor?

DOÑA MERCEDES

Creo habértelo dicho repetidas veces, y bien puedes creerme, que tú te complaces, te gozas martirizándote. Y tú, hija, a pesar de todo lo que digas de ti, hoy sigues siendo tan buena como lo fuiste ayer.

MARIA DEL CARMEN

¡No, tía; no!

DOÑA MERCEDES

Si, hija. Y deja esas malditas cavilaciones. Date a vivir con un poco de alegría. ¿Y sabes quién obra esos milagros a veces divinos de hacer olvidar?: la voluntad.

MARIA DEL CARMEN

¡Pobre de mí! ¡Cuánto confié en ella! ¡La voluntad!... También pensaba yo como usted. Me imaginé que para lograr nuestros deseos bastaba sólo con querer, querer con decidido empeño, afanosa, ahincadamente. Y así, engañada por mí misma, resuelta a ser feliz, me uní a Carlos... ¡Pero muy pronto hizo mi corazón que esa soñada felicidad se trocara en esta triste y angustiosa realidad de ahora!

DOÑA MERCEDES

¡Hija, por Dios!

MARIA DEL CARMEN

Y así es siempre en la vida. Por mucha voluntad que pongamos, nunca realizaremos por entero nuestros sueños, nuestros afanes. si lo que deseamos, lo que queremos, no es también lo que desea, anhela y quiere nuestro corazón.

DOÑA MERCEDES

Con esas ideas que tienes, y dada la vehemencia con que las dices, ¿qué he de pretender contradecirte? Pero ya hará el tiempo, ¡y ojalá sea muy pronto!, ya hará que seas más razonable.

MARIA DEL CARMEN

¡Ay, no! Tan se ha hecho carne de mí misma este sufrimiento mío, que he de morirme con él!

DOÑA MERCEDES

Pues bien, ya que no por ti, trata al menos de recobrar en algo tu alegría, y hazlo por nosotros, por Carlos, por mí, por Chela, que te queremos con toda el alma.

MARIA DEL CARMEN

Sí, tía, y no es que yo quiera entristecerles con mis penas. ¡Oh, no! Yo no tengo el egoísmo de casi todos los tristes y enfermos, que quisieran arropar al mundo entero con el luto de sus tristezas. Y sin embargo..., sí, es cierto, haciéndoles participar de mis angustias, he sido muy cruel con todos. ¡Perdóneme usted!

DOÑA MERCEDES

¿Que te perdone, dices? Pero, ¿no sabes tú que las penas de los hijos, y tú como si fueras hija mía, son por ley de Dios y del corazón, también las penas de las madres? Tu dolor, sea el que fuere, tan tuyo ha de ser siempre como mío.

MARIA DEL CARMEN

¡Cuánta bondad la suya! ¡Dios que me da en usted a otra madre!

DOÑA MERCEDES

Sí, sí, hija. Y dejemos eso. Si tú de sobra sabes que a quererte puede que nadie me gane.

MARIA DEL CARMEN

Tiene usted razón, tía.

DOÑA MERCEDES

Bueno, hija... Aún me queda a mí algo que disponer allá adentro. (Y mirando al interior.)... No, a estas horas, ese hombre ya no debe de estar.

MARIA DEL CARMEN

Estése usted tranquila. Yo me marcho a mis habitaciones.

DOÑA MERCEDES

Ah, está bien. Y creo que Chela no tardará en volver.

MARIA DEL CARMEN

Pierda usted cuidado, tía.

DOÑA MERCEDES

Bien, te dejo, hija.

MARIA DEL CARMEN

Sí, tía. (Sale DOÑA MERCEDES.)

ESCENA ULTIMA

MARIA DEL CARMEN y GASPAR

MARIA DEL CARMEN

(A tiempo que se dirige hacia una de las puertas aterales, viendo a GASPAR que entra.) ¡Ah!...

GASPAR

María del Carmen...

MARIA DEL CARMEN

¡Usted, usted... otra vez!

GASPAR

María del Carmen, he buscado hasta ahora, insistentemente, una ocasión para hablarte. Oyeme.

MARIA DEL CARMEN

Y a mí..., usted, ¿qué puede tener que decirme?

GASPAR

Que ¿qué puedo tener yo que decirte? ¡Y me lo preguntas tú, María del Carmen! ¡Tú!... No, no creas que eludiendo mi presencia, huyéndome, como has hecho hasta aquí, por no dar oído a mis palabras, lograrás separar estas nuestras vidas, que están mucho, pero... ¡mucho! más fuertemente unidas de lo que tú crees.

MARIA DEL CARMEN

¡No!... ¡No!...

GASPAR

Sí. Y deja ya de soñar, María del Carmen. Vuelve de una vez a la realidad..., ¡recuerda!..., y óyeme.

MARIA DEL CARMEN

¡Dios mío!

GASPAR

Convengo en que hayas cambiado; pero no hasta el punto de que la María del Carmen de hoy pueda haber olvidado a la María del Carmen... que fue mía. ¡Mía!

MARIA DEL CARMEN

(Con muy grande indignación, como escupiéndole las palabras en la cara.) ¡Suya!... ¡Suya; pero no por mandato de mi corazón, que jamás le perteneció a usted! ¡Suya; por engaño, por sorpresa, y hasta por violencia misma! Suya; pero con el horror de muerte de la presa a la que da alcance una fiera hambrienta! ¡Suya, sí, del modo como pudo haberlo sido la más buena de las mujeres, a quien la fatalidad hubiese puesto a merced de sus bajos instintos de bestia humana! ¡Así, así es como yo he sido suya!

GASPAR

El odio que ahora me tienes, María del Carmen, es el que te hace hablar de ese modo.

MARIA DEL CARMEN

¿Odiarle yo a usted? ¡No, jamás! Yo no podré odiarle a usted mientras le desprecie como le desprecio ahora, como no dejaré de despreciarle nunca!

GASPAR

(En son de amenaza.) ¡María del Carmen!...

MARIA DEL CARMEN

Y no sólo eso, sino que también me inspira usted... miedo. ¡Miedo, sí! En horas de soledad, cuántas veces me ha parecido percibir su voz, y he sentido estremecerse mi carne toda, como si sonara junto a mi el silbido glacial de una serpiente.

GASPAR

Te engañas. Tú no puedes temerme. Crees despreciarme. Y todo ello, nada más que porque alguien ha logrado ocupar en tu corazón el lugar que a mí me correspondía, que fue mío y que yo volveré a conquistar.

MARIA DEL CARMEN

¡Miente usted! Yo no he tenido otro amor, que este amor mío a Carlos, que será el amor de toda, ¡de toda mi vida!...

GASPAR

Pues bien... ¡A pesar de ese amor que tú dices, quieras que no, mal de tu grado, ya que no tu alma, tu cuerpo ha de ser mío!

MARIA DEL CARMEN

¡No, jamás; jamás!

GASPAR

¡Sí..., mío! ¡De lo contrario, María del Carmen, y óyeme muy bien, juntos, como dos maldecidos, he-

mos de perecer en la hoguera de esta pasión, de esta horrible pasión mía, que me quema, que me abrasa el corazón con sus olas de fuego, con sus llamaradas de infierno. (Y sale.)

MARIA DEL CARMEN

(Cuya firmeza acaba por deshacerse en llanto.) ¡Dios mío, tened compasión de mí!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Otra vez en casa de Carlos, sala en la que hay un secretaire

ESCENA PRIMERA

DOÑA MERCEDES, LUCIA, CHELA y TOTON

DOÑA MERCEDES

Siendo usted quien lo dice, ¿cómo no he de creer? Usted, que debe de conocerlas muy bien.

LUCIA

¡Ah, sí! ¡Pobres parisienses! Son las mujeres más calumniadas de Europa. Todo lo malo han de achacárselo siempre a ellas. ¡Y hay que verlas! Tan elegantes, tan modositas y..., y tan correctas como son.

DOÑA MERCEDES

Sí, las habrá. ¡Cómo dudar! Salvo algunas que no pecan de eso, de correctas, vamos..., que guardan poquísimo las formas.

LUCIA

Hasta cierto punto...

CHELA

¡Ja, ja, ja! ¡Si parece mentira! ¡Que un hombre como usted, todo un *sportsman*, no se atreva! ¿No le da vergüenza, Totón?

TOTON

¡Chela, por favor! No es que no me atreva. Sino que...

LUCIA

¿Qué es, mi pequeña?

CHELA

Totón, que dice que no le hablen a él de aeroplanos. ¡Ja, ja, ja!

TOTON

Si no es eso lo que he dicho. *No, ma soeur!*

DOÑA MERCEDES

Joven, tenga usted en cuenta que eso ya es más dificilillo y, sobre todo, más peligroso que echarse a rodar por ahí en un automóvil.

CHELA

No tía; pero si él no se anima. ¡Ja, ja, ja! Que en los descensos se marearía. Y a mí que me agrada tanto verles volar a nuestros aviadores. ¡Unas ve-

ces los aeroplanos, como muy llenos de confianza en sí, se deslizan serena, majestuosamente. Y de pronto, ¡ay qué bonito!, ver cómo se dejan caer haciendo muchas eses, y cuando ya van a estrellarse contra el suelo, advertir que de nuevo vuelven a subir, a ganar el cielo, para perderse al ratito a toda velocidad, allá, en lo alto, muy lejos, entre las nubes. Las veces que les he dicho «¡adiós!»... (Y hace como que saluda con la mano.)

TOTON

(Imitando los gestos de CHELA.) ¡Adiós... ¡Adiós!...

LUCIA

No, mi Totón. Tú bien sabes que no puedes volar. ¡Pobre Totón! Le dan vértigos. ¿Recuerdas lo que te ocurrió en la torre *Eiffel?* Amí me daba mucha lástima ver cómo se le iba la cabeza, y las náuseas que tenía. Tuvimos que bajarle en peso.

TOTON

Ciertas cosas no se cuentan. Son así como secretos de familia, *ma soeur.*

LUCIA

¿Qué tiene, mi Totón? Si yo soy lo mismo. A subir, sí, ¡gustosísima! Pero eso de que tenga que verme obligada a bajar. ¡No, no! ¡Uy, me descompondría!

CHELA

Un momento, Totón... Tía, ¿me permite usted? Deseo ir a verla a mi madrecita y enterarme si necesita algo. ¿Voy, verdad?

DOÑA MERCEDES

Sí, hijita, ve.

CHELA

Vuelvo en seguida. Entretanto, Totón, vaya usted cobrando bríos. ¡Ja, ja, ja! (Sale.)

ESCENA SEGUNDA

Dichos, menos CHELA

LUCIA

¡Pobre señora! Y según me decía usted hace un rato, ha tenido que guardar cama, ¿no?

DOÑA MERCEDES

Así es. Y esta vez me inspira algún cuidado el estado de María del Carmen.

LUCIA

¡Qué lástima! Tan buena señora como es ella. Con un marido que la tiene en palmas. Y venir a enfermarse, precisamente cuando debería de vivir contenta y ser feliz.

DOÑA MERCEDES

Cierto. Y Carlos sin regresar aún.

LUCIA

A Gaspar me pareció haberle oído decir que hoy estaría de vuelta. ¿No recuerdas tú, mi Totón?

TOTON

¡Eh!, ¿qué?... Estaba distraído, *ma soeur.*

DOÑA MERCEDES

Sí, en la última de sus cartas, le dice Carlos a María del Carmen que hoy estará aquí, que ha terminado ya sus negocios.

LUCIA

¡Malditos negocios! Yo no acabaré de dar contra ellos. Nada; que no nos dejan disfrutar de nuestros maridos como quisiéramos. ¡A Gaspar le tienen en un estado! ¡Si viera usted! Noches hay que se las pasa sin poder conciliar el sueño, preocupadísimo. Y es un malestar, un desasosiego el suyo, un pasearse por toda la casa sin descansar. Y que también le da a veces una como excitación febril muy rara... ¡Ay! Cosas todas esas que me hacen pensar cada vez con más cariño en París. ¡Mi divino París!

TOTON

¡Oh, París... *Paris, ton amour, nest pas vrai, ma soeur?*

LUCIA

¡Oh, sí, mi Totón! Lo tengo repetido muchas veces: si yo me pierdo, que me busquen en París.

TOTON

Y a mí contigo, *ma soeur*... ¡París!...

LUCIA

Pero oiga usted... Quizá lo de su sobrina... Y muy bien podría ser... ¿Por qué no? (Y le habla algunas palabras al oído a DOÑA MERCEDES.) ¿Eh?... ¿Qué me dice usted?

DOÑA MERCEDES

No, nada de eso. ¡Y desgraciadamente! Porque..., ¿qué más querríamos todos que un chico en la casa? ¡Dios quiera! ¡Las veces que he pensado en ello! Si hasta se me hace estarle viendo: ¡con unos ojazos así, como los de María del Carmen, y noblotecomo el padre!

TOTON

Y yo sería de parecer que en cuanto llegue el rorro, que llegará..., ¡llegará!, así como tendiendo a despertar en él su futura vocación, se le dé el nombre de un gran *sportsman*. Le llamaríamos... *Comment?... Comment?...*

DOÑA MERCEDES

Muy bonito, indudablemente, todo eso de juegos de *sport*. Sin embargo, piense usted que hay otros medios más nobles de emplear las aptitudes.

LUCIA

¡Un chico!... ¡Un chico!...

TOTON

¡Un rorro!...

LUCIA

¡Ay, ser madre!... Su sobrina de usted, no dude, hasta se sanaría.

DOÑA MERCEDES

Es cierto. Consagradas a sus hijos, las mujeres no pueden menos de olvidarse de muchas tonteras y novelerías.

ESCENA TERCERA

Dichos y CHELA

DOÑA MERCEDES

(A CHELA, que entra y no dice palabra.) ¿Y tu hermana cómo está?

CHELA

Se ha levantado.

LUCIA

¡Ah, sí!

DOÑA MERCEDES

Debe entonces de estar mejor.

CHELA

No, tía.

DOÑA MERCEDES

¿Eh?

CHELA

Yo apenas si he hablado con mi madrecita. Está muy abatida.

LUCIA

¡Pobre señora!

DOÑA MERCEDES

¿Qué hemos de hacer?

TOTON

Ma soeur...

LUCIA

¿Qué, mi Totón?

TOTON

Deberíamos nosotros retirarmos. *N'est pas vrai, ma soeur?*

LUCIA

Sí, sí, mi Totón. (Apercibiéndose a salir.) Doña Mercedes, le dice a María del Carmen que mis deseos son que se restablezca muy pronto.

DOÑA MERCEDES

Gracias, Lucía.

TOTON

(A CHELA.) Muy pronto me verá usted por los aires...

CHELA

¿Sí..., Totón? ¡Ja, ja, ja!

TOTON

Doña Mercedes...

DOÑA MERCEDES

Adiós, Totón... Yo voy a acompañarles.

LUCIA

Muy bien. ¡Pobre señora! (Salen DOÑA MERCEDES y LUCIA.)

TOTON

(A CHELA.) Me he decidido. Vuelo..., vuelo... y...

CHELA

¿Vuela usted? ¡Ja, ja, ja! (Salen conversando y riendo.)

ESCENA CUARTA

MARIA DEL CARMEN, en seguida CHELA, y luego DOÑA MERCEDES

MARIA DEL CARMEN

(Que está como espiritualizada por el dolor, a poco de entrar, disponiéndose a escribir.) ¡Dios..., Dios mío!... (Se suceden algunos instantes de silencio.)

CHELA

(Al entrar, advirtiendo la presencia de MARIA DEL CARMEN.) Mi madrecita, ¿tú aquí? Yo iba a verte... ¡Qué!..., ¿escribes a alguien?

MARIA DEL CARMEN

Sí, Chela.

DOÑA MERCEDES

(Entrando.) Nos han dado la tarde. Gracias a Dios que se han ido. (Y reparando en MARIA DEL CARMEN.) ¡Cómo!... Te creía a ti descansando. ¿O te sientes mejor?

MARIA DEL CARMEN

No, tía... No.

DOÑA MERCEDES

Pues entonces, has hecho muy mal en levantarte.

¡Muy mal! No tenías tal necesidad. Pero..., ¿qué?..., ¿estás escribiendo?

MARIA DEL CARMEN

Sí. Y luego le diré de lo que se trata, tía.

DOÑA MERCEDES

Está bien. Te dejamos. Ven acá tú, hijita. (MARIA DEL CARMEN, suspirando unas veces, reprimiendo apenas el llanto otras, escribe a ratos.)

CHELA

(Lo que se sigue, casi hasta el fin de la escena, lo hablan en voz baja CHELA y DOÑA MERCEDES, con las pausas que oportunamente se señalan.) ¡Tía, qué pálida está mi madrecita! ¡Fíjese, fíjese usted, tía! ¡Y los ojos, qué encendidos! ¡Como si le ardieran en la cara!

DOÑA MERCEDES

¡Qué quieres! Con sus caprichos... Nada hace de su parte por ponerse buena.

CHELA

(Después de unos instantes de silencio.) Tía...

DOÑA MERCEDES

¿Qué, hijita?

CHELA

¿Y a quién escribe? Porque Carlos tiene que llegar hoy.

DOÑA MERCEDES

¿Qué quieres que yo sepa?... Y habla más bajo.

CHELA

(Luego de uno y otro instante de silencio.) Tía ..

DOÑA MERCEDES

¿Qué?

CHELA

¿La conoce usted a la madre Cristina?

DOÑA MERCEDES

Sí, hijita.

CHELA

¿Sabe usted lo que he notado en ella?

DOÑA MERCEDES

Si tú no me lo dices...

CHELA

Que tiene un modo de ser muy parecido al de mi madrecita. Busca como ella la soledad. En cierta ocasión, estaba en el jardín, solita, yo no sabía si acercarme... Pero así que me vio, me llamó. ¡Qué buena es!

DOÑA MERCEDES

Y...

CHELA

¡Si viera usted qué de cosas más bonitas sabe! ¡Y qué manera la suya de decirlas! ¡A mí me encanta!

DOÑA MERCEDES

¿La quieres mucho?

CHELA

¡Oh, sí! (Y de nuevo, después de una pequeña pausa.) Dígame usted, tía...

DOÑA MERCEDES

¿Qué, hijita, qué?

CHELA

Tía..., ¿cierto que de nosostros depende que en la vida, aun cuando nos suceda un mal muy grande, no seamos del todo desgraciados?

DOÑA MERCEDES

Pero, ¿de dónde sacas tú ciertas cosas?

CHELA

Me lo decía la madre Cristina la vez esa que conversamos. Que en el mundo hay muchas, pero muchas cosas, cuya belleza sólo puede verse a través de las lagrimas. Y que eso ya basta para dar alguna alegría a las almas. A mí..., desde entonces, ya no me dan tanta pena los que sufren. Queriéndolo ellos, también pueden tener su poquito de felicidad.

DOÑA MERCEDES

Sí, sí; pero habla más bajo. Advierte que acabaremos por molestar. (Alto, a MARIA DEL CARMEN.) Di, hija, ¿no te estamos incomodando?

MARIA DEL CARMEN

No, tía. ¡Y Dios quiera que me sea dado tenerlas siempre a ustedes, como ahora, muy cerca de mí¡

CHELA

Tía, ¿por qué dice eso mi madrecita?

DOÑA MERCEDES

No sé, no sé, hijita.

CHELA

(Y nuevamente, luego de breves momentos de silencio.) Tía, ¿cree usted que un cariño pueda causar a veces mucha, pero mucha tristeza?

DOÑA MERCEDES

Sí, hijita. Pero no se te ocurra pensar que hablo por experiencia. A mí no me ha hecho derramar lágrimas ningún hombre. Lo que no quita que haya podido querer a alguno. Eso..., Dios y yo lo sabemos.

CHELA

No, tía. Yo le preguntaba a usted otra cosa.

DOÑA MERCEDES

Pero entonces, explícate bien.

CHELA

Desearía, tía, que usted me dijese qué causas, qué motivos podrían existir para que un cariño muy grande que nos tuviese una persona querida, no bastase para darnos la felicidad.

DOÑA MERCEDES

Yo apenas si te entiendo. ¡Preguntas tú cada cosa! Y dime: ¿de eso también has hablado con la madre Cristina?

CHELA

No, no me he atrevido a preguntárselo.

DOÑA MERCEDES

Pues de dónde, ¿a ver?, sacas tú esas rarezas. ¿O será que te has dado a leer novelitas sentimentales? ¡Mira, mira que acabarás como muchas, apestando a cursilería!

MARIA DEL CARMEN

Tía, óigame usted.

DOÑA MERCEDES

Sí, hija.

MARIA DEL CARMEN

Y tú, Chela, ven... Chela, oye: esta carta, tú, tú misma, ¿me entiendes?, se la darás a Carlos. (Deja la carta sobre el *secretaire*.)

CHELA

Sí, mi madrecita.

DOÑA MERCEDES

¡Eh!...; ¿pero qué es lo que estás diciendo?

MARIA DEL CARMEN

Tía, todo se lo explicaré a usted. Chela, déjanos un momento, ¿quieres? Luego te llamaré.

CHELA

Sí, mi madrecita.

ESCENA QUINTA

MARIA DEL CARMEN y DOÑA MERCEDES

MARIA DEL CARMEN

¡Tía!...

DOÑA MERCEDES

Sí, habla ya. ¿Qué significa esa carta, dime, que tú deseas le sea entregada a Carlos?

MARIA DEL CARMEN

Óigame usted. Y prométame que en esta ocasión no ha de faltarme su cariño, que para mí es un amparo muy grande. ¡Sin él, Dios mío, qué sola me quedaría!

DOÑA MERCEDES

Hija, no te entiendo.

MARIA DEL CARMEN

Y, sin embargo, nadie debería comprenderme mejor que usted... Tía...: que en esta casa yo ya no debo seguir ocupando un lugar que no me pertenece.

DOÑA MERCEDES

¡Que no te pertenece!... ¿Tú abandonar esta casa? ¡Pero estás loca, hija, estás loca! ¿Te das cuenta de lo que piensas hacer?

MARIA DEL CARMEN

Sí.

DOÑA MERCEDES

¡Hija!...

MARIA DEL CARMEN

Lo he meditado muy largamente, llorando en silencio. En un principio, fue una lucha horrible la que sostuve conmigo. ¡Y era que yo me resistia, como huyendo desesperadamente de mí misma, a aceptar la idea dolorosa de tan terrible resolución! ¡Traté en vano durante mucho tiempo de oponerme a la verdad, que acabaría al fin por hacer presa en mí, clavando sus garras de hierro en la carne misma de mi corazón!

DOÑA MERCEDES

Hija mía, a lo que te han llevado tus enfermizas cavilaciones. Pero tú no saidrás de esta casa. ¡No!

Sólo abandonan su hogar las malas mujeres, y tú eres buena, muy buena, hija mía.

MARIA DEL CARMEN

¿Buena?... No, yo no soy buena. Soy de esas otras que dice usted, ¡soy una mala mujer! Me lo está diciendo mi culpa, y más aún que mi culpa, la imperdonable cobardía de mi silencio, con que quise ocultarla... ¡Déjeme que huya de él, del hombre a quien amo tanto como he ofendido! Sí, aunque tarde, quiero ofrecerme a sus ojos tal como soy: ¡como una mujer culpable!

DOÑA MERCEDES

¡Pero si es imposible! ¡Cómo he de pedirte que no me desoigas! ¡No, yo me resisto a creerte! ¡Tú no podrás hacer eso, hija mía! ¡Que hayas de abandonar a Carlos! ¡Y queriéndote como él te quiere!

MARIA DEL CARMEN

Precisamente... ¿Y no se lo he dicho ya a usted? ¡Si yo no sería tan desgraciada como soy sin ese cariño! ¡Él ha aumentado a mis ojos la vergüenza de mi culpa! Querer ese suyo, que haciéndome sufrir le venga de mi falta sin saberlo él mismo! ¡Sí, cuanto más me quiere, más sufro yo!

DOÑA MERCEDES

¿Y si tú, hija mía, sin salir de esta casa, se lo dijeses todo a Carlos? ¿Tú crees que...?

MARIA DEL CARMEN

¿Mi confesión?... Muy pronto la conocerá Carlos. Sabrá el secreto de mi falta. Pero entonces yo es-

taré lejos de aquí, como quien abandona voluntariamente un lugar que ha usurpado... ¡No!... Por qué habría de ponerle a él en el duro trance, al negarme su perdón, de que tenga que señalarme la puerta! ¡Dios mío!

DOÑA MERCEDES

¿Y en qué te fundas, hija mía, para creer que te negará Carlos su perdón?

MARIA DEL CARMEN

En esa fría rectitud suya. Rectitud que muchos hombres se fabrican con un montón de leyes sobre el deber, que las más de las veces no son las de Dios ni las del corazón... ¡El deber! ¡Pobre Carlos! Quizá no se atrevería a robar, ¡a robar, sí!, ni para dar de comer a un hijo.

DOÑA MERCEDES

Te equivocas. Nada hay en la vida más fuerte que el amor, ni la gratitud, ni la caridad, ni la compasión misma. Porque el amor es todo eso a un tiempo, y algo más, muy bello, que Dios pone en él, y que quizá nosotros no lograremos explicarlo nunca. ¿Y crees tú, hija mía, que en Carlos podrán más que su amor, sus pobres ideas, sus prejuicios?

MARIA DEL CARMEN

¡Dios mio!... ¡Si fuese verdad!... Pero..., ¿a qué forjarme una esperanza que no pasará de ser una ilusión?... Tía, yo he de salir de esta casa hoy mismo, antes que regrese Carlos.

DOÑA MERCEDES

¿Hoy, hija mía?

MARIA DEL CARMEN

Sí, y no se negará usted a acompañarme.

DOÑA MERCEDES

¿Y a dónde piensas ir; a dónde!

MARIA DEL CARMEN

Me acogeré al colegio de las madres. Lo he dispuesto todo. Acompáñeme usted.

DOÑA MERCEDES

Aguarda, hija mía, a que regrese Carlos. Luego...

MARIA DEL CARMEN

(Con resolución.) No. Ha de ser ahora, ahora.

DOÑA MERCEDES

¡Hija mía! Ya que no quieres oír mis ruegos, mis súplicas, ya que no por mí. hazlo por tu madre. ¡En su nombre, te pido que desistas de tu idea!

MARIA DEL CARMEN

¡Pobre madre mía, qué inmensa compasión debe de ser la suya, al ver que es un triste camino de dolor este que elijo!... (Sollozando.) ¡Madre mía, mi madre santa, el corazón me dice que tú también lloras conmigo!

DOÑA MERCEDES

(Llorando.) ¡Hija, hija mía!

MARIA DEL CARMEN

Tía..., yo, la más débil, enjugo así mis lágrimas, y le pido a usted que tenga entereza.

DOÑA MERCEDES

Sí, hija, sí.

MARIA DEL CARMEN

Dispóngase ya a acompañarme.

DOÑA MERCEDES

Sí, sí, te acompañaré. ¡Y te estaré viendo salir de esta casa, y me parecerá que no, que me engañan mis ojos! (Sale.)

ESCENA SEXTA

MARIA DEL CARMEN y CHELA

MARIA DEL CARMEN

(Llamando.) Chela... Chela, ven... (Bajo.) ¡Ángel de Dios! ¿Podré acaso decirle la verdad?

CHELA

(Entrando.) Mi madrecita...

MARIA DEL CARMEN

Mi Chela... Yo voy a salir. Tía me acompañará. Y en cuanto venga Carlos... No te olvidarás,

¿verdad? Le entregas lo que le dejo escrito. Y le dices... ¡No, no!... ¡No le dices nada!

CHELA

¡Mi madrecita!... ¡Yo no sé!... ¡Cuántas cosas, Dios mío, que no puedo comprender!... Y no es que crea que tú puedas hacer nada malo. Pero..., ¿por qué nos dejas? ¿Por qué? ¿Y a dónde vas? ¡Dime la verdad, la verdad, mi madrecita!

MARIA DEL CARMEN

(Después de un breve, doloroso instante de silencio.) ¡La verdad!... ¡Mi Chela, sabe solamente que te quiero mucho! Y además, óyeme: si llegase alguien, alguna vez, a decir que soy mala..., tú no lo creas.

CHELA

¡Mi madrecita!

MARIA DEL CARMEN

Y no desesperes, Chela. Muy pronto volveremos a vivir solas con tía.

CHELA

¿Y Carlos?

MARIA DEL CARMEN

Solas... Nada más que nosotras. ¿Te acuerdas? Será otra vez una casa muy pequeña, y aun cuando vivamos en ella pobremente, nos querremos mucho.

CHELA

Y puede que tampoco así consigamos vivir con

tentas. Porque yo ya sé, sin que acierte a comprenderlo muy bien, que el cariño no es suficiente, a veces, para dar la felicidad.

MARIA DEL CARMEN

Estás en un error, Chela. Y has de convencerte de ello después en la vida. El cariño, el amor, cuando es verdadero, da siempre a todos la alegría, como aquel Rey generoso de tu cuento. ¡A todos! Pues que no sólo la da a los que por buenos la merecen, sino que también llega él con su riente dádiva de perdón hasta las otras pobres almas..., las de las pecadoras.

CHELA

Mi madrecita, como otras veces, ahora tampoco, tampoco te comprendo. ¡No, no me digas nada de eso!

MARIA DEL CARMEN

(Llegándola amorosamente a su pecho.) ¡Mi Chela, mi Chela!...

ESCENA SÉPTIMA

Dichas y DOÑA MERCEDES

DOÑA MERCEDES

(Entrando.) Ya me tienes pronta, hija. Pero, ¿y tú? ¿O piensas salir así?

MARIA DEL CARMEN

Sí, tía. Chela, hazme el favor. Tráeme algo con que me cubra la cabeza, un chal cualquiera.

CHELA

Sí. (Sale.)

DOÑA MERCEDES

No, hija. Ve a cambiarte la ropa. Te aguardaré.

MARIA DEL CARMEN

¿A qué? Si estoy bien así.

DOÑA MERCEDES

No has de hacer sino tu gusto en todo... Y di: ¿has pensado en lo que podrá ocurrir entre Carlos y Gaspar? ¡No sea, por Dios, que tengamos que lamentar alguna desgracia!

MARIA DEL CARMEN

No, tía. Ese hombre, ¡ese mal hombre!, no creo que se atreva ya a poner los pies en esta casa. Hace muy poco, al rechazarle de nuevo, le he hecho saber que se lo confesaría todo a Carlos. No, no se atreverá.

DOÑA MERCEDES

Como si no supieras en el estado en que se halla, que está fuera de sí, como loco. ¡Ah, ya verás, ya verás, hija!

CHELA

(Entrando.) Aquí tienes, mi madrecita. (Y le alcanza un chal.)

MARIA DEL CARMEN

(Luego de embozarse.) Mi Chela, ya sabes lo que has de hacer en cuanto llegue Carlos. Y a tía la aguardas un rato aquí. Mañana irás a verme. Nos veremos todos, todos los días. ¡Adiós..., adiós, mi Chela! (La besa una y otra vez.)

CHELA

(Sollozando.) ¡Mi madrecita, no; no te vayas!... ¡No te vayas!...

MARIA DEL CARMEN

¡Dios mío!... (A DOÑA MERCEDES.) ¡Vamos, vamos!...

DOÑA MERCEDES

¡No sé que desgracia muy grande me anuncia el corazón!

MARIA DEL CARMEN

(Entre sollozos.) ¡Mi hogar deshecho!... ¡Mi pobre vida destrozada!... ¡Carlos!... ¡Qué horrible, Dios mío!... (Salen MARIA DEL CARMEN y DOÑA MERCEDES.)

ESCENA OCTAVA

CHELA y después GASPAR

CHELA

(Que trata de ahogar los sollozos, mirando hacia el interior.) ¡Eh!... Aseguraría que hay luz en el escritorio de Carlos... (Y luego de restregarse los ojos.) ¡Pero..., si no puede ser!... Y alguien viene hacia aquí... ¡Sí!... ¿Será Carlos que ha regresado ya?... ¡No, no es él! (A tiempo que aparece GASPAR en la puerta.) ¡Ah!...

GASPAR

¿Tú?... Chela...

CHELA

Sí..., yo.

GASPAR

Chela, ve y dile a María del Carmen que necesito hablar con ella en este mismo momento... Ve..., ¿qué aguardas?

CHELA

Mi madrecita ha salido, no está en casa. Mal podrá usted hablar ahora con ella.

GASPAR

¿Que ha salido?... Te advierto que te cuides mucho de engañarme.

CHELA

No tengo por qué engañarle a usted.

GASPAR

¿Y crees que tardará en regresar María del Carmen?

CHELA

No sé decirle.

GASPAR

Pues bien. La aguardaré un rato. (Y se pasea nerviosamente de una en otra parte.)

CHELA

Mejor sería que... Porque mi madrecita no volverá hoy.

GASPAR

Que ha salido... Que no volverá... Es muy extraño. ¿O ha ocurrido algo, Chela?... Contéstame... (Y yendo hacia CHELA.) Te digo que me contestes.

CHELA

(Retrocediendo unos pasos.) ¡Usted me da miedo!... Yo nada sé.

GASPAR

(Reparando en la carta de MARIA DEL CARMEN.) ¿Conque nada sabes? ¿Y esta carta? (Y coge la carta.)

CHELA

¡No, no! ¡Deje usted allí eso!

GASPAR

(Sin hacer caso de CHELA.) De María del Carmen. Y dirigida a Carlos.

CHELA

Entrégueme usted esa carta. (Con azoramiento.) ¡Deme, démela usted!...

GASPAR

¡Qué raro empeño tienes! Sí, te la entregaré; pero has de decirme qué misterio hay en todo esto... ¡Habla; habla!

CHELA

No, yo nada sé. Y aun cuando no fuese así..., ¿por qué habría de decirle a usted lo que supiese?

GASPAR

Ya comprendo. Tú estás al cabo de que no debo enterarme de lo que aquí se dice. ¿Eh?...

CHELA

¡No sé, no sé!

GASPAR

Haz el favor, vete. Déjame solo. Ya hablaré luego con María del Carmen... ¿Me has oído... o no? ¡Vete!

CHELA

¡No, no! ¡Entrégueme usted eso que no le pertenece! (Al ver que GASPAR rasga el sobre.) ¡Ah, no! ¡Qué es, qué es lo que hace usted! (Y se abalanza sobre GASPAR.) ¡Entrégueme, entrégueme usted eso!...

GASPAR

(Rechazándola de sí con fuerza.) ¡Vete!

CHELA

(Sollozando.) ¡Díos mío..., Dios mío, qué he hecho, que he hecho!

GASPAR

(A la vez que lee.) ¡Ah!... ¡Su confesión!... ¡Pensé que no se atrevería! ¡Se lo revela todo, todo!... ¡Y cómo me desprecia!... ¡Y a él, a él... cuánto le quiere! (Dejando de leer, y luego de una pausa.) ¡No lo hubiera creído nunca!... ¡La he perdido para siempre..., para siempre!... Ya nada me queda que ambicionar en la vida!... ¡Nada! ¡Qué horrible palabra! ¡No, antes de ahora... no conocía su mortal significado!... ¡Mi muerte, sí!... ¡Sí!... Ella me librará de tan horrible pasión... ¡María del Carmen, al perderte para siempre, te llevas contigo mi vida! ¡Mi vida! ¡Maldita seas! (Y se apercibe a salir.)

ESCENA ÚLTIMA

Dichos y CARLOS

CARLOS

(Entrando.) Gaspar...

A un tiempo:

CHELA	GASPAR
(Yendo hacia CARLOS.) ¡Carlos!	¡Tú!... (Retrocediendo.

CHELA

¡Carlos!... ¡Ese hombre!... ¡Ese hombre!...

CARLOS

¡Eh!... ¿Qué dices?...

CHELA

Tiene en su poder, ahí..., una carta que te dejó para ti mi madrecita.

CARLOS

¡Una carta para mí! ¡Cómo puede ser! ¿Y María del Carmen, María del Carmen dónde está?

CHELA

¡Mi madrecita ya no está en casa! ¡Se ha ido!

CARLOS

¿Se ha ido? ¡Chela...!

CHELA

¡Sí, Carlos! ¡Y dile, dile a ese hombre que te entregue esa carta que es para ti!

CARLOS

Gaspar, ¿has oído? Entrégame eso.

GASPAR

Sí. (Y al ir a entregarle la carta, que estrujaba con una de sus manos, se dispone a salir.)

CARLOS

No, Gaspar. Antes de irte has de decirme a qué se debe que tengas en tu poder esa carta... ¡Y trae, trae ya!

CHELA

(Interponiéndose entre CARLOS y GASPAR.) ¡Carlos, Carlos, deja que se vaya!

CARLOS

¡No! (Y a GASPAR, que de nuevo se dirige hacia la puerta.) No saldrás. ¿O deseas que...?

CHELA

¡Carlos!... ¡Carlos!...

CARLOS

¡Miserable!... (Y a pesar de los esfuerzos de CHELA por retenerle, está a punto de abalanzarse sobre GASPAR.)

GASPAR

(Con perversa fruición.) Ya que así lo deseas, toma. Entérate. ¡Je, je! (Y le alcanza la carta.)

CARLOS

(En tanto que lee con avidez.) ¡Eh!... Pero..., ¡qué falta, qué falta es la suya!... ¡Que la perdone!... ¡Y él!... ¡Quién, quién es él!... ¡Ah!... ¡Tú, miserable!... ¡Tú!... ¡Vas a pagármelo con la vida! ¡Con tu vida! ¡Con tu vida! (CHELA le retiene al ir a arrojarse sobre GASPAR.)

CHELA

¡No, no! ¡Carlos, Carlos!...

GASPAR

Sí, con mi vida. (Y entra en el escritorio.)

CHELA

¡Carlos! ¡Carlos!... (Y en el preciso momento en que CARLOS va a entrar en el escritorio, se oye sonar dentro un tiro.) ¡Ah!...

CARLOS

(Luego de asomarse al interior.) ¡Yo, yo debí haberle partido el corazón!... ¡No, no, él no debió ha-

berse dado muerte!... ¡Me ha robado el placer, el placer de matarle! ¡De matarle, sí, con mis propias manos!...

CHELA

¡Carlos, Carlos, qué horror!... ¡Está muerto!... ¡Muerto!...

CARLOS

¡Muerto!... ¡Le ha matado su culpa, su infamia!... ¡Su infamia, de la que fuiste victima, María del Carmen!... ¡Tú, mi María del Carmen!

FIN

MIRIEL

MANOS BLANCAS

MONÓLOGO

RECITADO POR LA ACTRIZ PILAR MATA,

EN EL TEATRO GRANADOS,

EL 8 DE OCTUBRE DE 1924.

MIRIEL

MANOS BLANCAS

MONÓLOGO

Yo no sé, francamente, cómo pudo habérseme ocurrido tal cosa. No sé si debo... Porque es el mío, y lo digo avergonzada..., un mal pensamiento. Sí, un pensamiento malo, que ha germinado en esta mi cabecita huera de mujer, y que se me viene ahora a los labios, y que pugna en ellos por brotar como una protesta. ¡Como una protesta, sí! ¿Y sabéis contra quién?: contra Dios.

Contra Dios, sí, que nos ha dividido a los de esta pobre humanidad en hombres y mujeres. Aunque quizá lo hizo Él, inspirado por su gran sabiduría, para que así nos fuese más fácil querernos: para que nos queramos mucho, ¡mucho!

Pero es el caso —¡qué malo es a veces Dios!—, que a vosotros los hombres, que sois todo fortaleza, y para que nunca dejéis de salir triunfantes y gananciosos, os ha dado esas vuestras poderosas manos, varoniles y férreas. En tanto que... a nosotras, las pobres mujeres, que somos unas cosítas de nada, Dios sólo nos ha dado estas nuestras frágiles manos blancas.

Claro, pues, que vosotros, los hombres, lo podáis todo con vuestras manazas terribles de hierro; que hayáis podido edificar grandiosos templos, erigir maravillosas pirámides, construir ciudades, y que hasta podáis con ellas, también, abatir imperios.

¡Asombra la grandeza de vuestro inmenso poder! ¡Vosotros los hombres, siempre, lo podéis todo!

Con razón nos tenéis en tan poco a nosotras las mujeres, ¡las pobrecitas mujeres!

¡Ay, qué poco valemos! ¡Y que no haya yo de protestar! Si hasta me pregunto: ¿pero para qué nos habrán sido dadas estas manos blancas, así tan frágiles, tan pequeñitas, y que con ser a veces más bellas que las mismas flores, nada pueden, o pueden muy poquito?

Tan poquito, que... ¡Aunque, no! Nuestras manos nos sirven para acariciar a nuestros hijos, a nuestros hijitos del alma, y eso ya es mucho; para enseñarles a sonreír, haciendo que ellas revoloteen en torno de sus caritas de cielo, y hasta para adormecerles amorosas sobre nuestro seno.

Y otras veces — pero, ¿cómo me lo tenía yo olvidado? —, estas nuestras manos blancas, movidas por ese algo ¡bueno! que llevamos aquí todas las mujeres, también nos sirven para secar en vuestros ojos, casi siempre desafiadores y fieros, nos sirven para secar en ellos vuestras lágrimas. Y al hacerlo, nosotras, como si no hiciéramos nada, pero nada, cuántas veces sonreímos, y es para animaros. Porque, vosotros los hombres, que sois todo fortaleza, también lloráis, y no os avergoncéis de ello. Lloráis de dolor, de amargura, de tristeza..., de la infinita tristeza que nos da a todos la vida.

Y también, ¡pobres manos nuestras!, han aprendido a restañar la sangre de vuestras heridas, cuando

vosotros los hombres, poseídos de satánicas pasiones, os destrozáis como lobos hambrientos.

No, si yo ya no protesto. ¡Cómo pude haberme atrevido! Porque, ¿verdad que sí, que algo pueden también nuestras manos? Si hasta me doy a imaginar, y puede que ello haya ocurrido muchas veces, que una de nuestras manos, así de pequeñitas y frágiles como son, trabada amorosamente con la mano poderosa de un hombre, le haya guiado a éste por senderos de ilusión, por caminos de quimera, por las rutas del arte, haciéndole columbrar, allá, muy lejos, en lo alto, la inaccesible llama azul de la Gloria.

Y aún más. ¡Pero no, que no ocurra ello nunca! Que alguna vez... Que se diese el caso de que en vosotros se adurmiese el más grande y noble de los sentimientos que debe alentar el corazón del hombre, el patriotismo, y que tuviésemos que ser nosotras, las mujeres, las que con el índice os indiquemos cuál es el camino que habéis de seguir para ir a morir por la Patria.

¡Todo eso pueden nuestras manos! ¡Si ahora me asombro de su mucho poder! ¡Y que yo haya pretendido protestar! ¡Perdonadme, Señor! ¡Haber creído que nada podían nuestras manos blancas! Si ahora hasta me parece, y puede que no esté en un error, que a nosotras las mujeres nos ha sido dado lo más bueno, lo mejor de cuanto existe. Lo mejor, sí: ¿no son nuestras manos, unas veces, maternalmente amorosas; no prodigan ellas, otras veces, caridad, y no logran, también, enseñaros a vosotros el camino de la Gloria? ¡Y Maternidad, y Caridad, y Gloria!, ¿qué son sino Amor?

¡Amor!, que las mujeres todas de la humanidad debemos prodigar a manos llenas.

¡Amor!, óleo santo con que debemos ungir siempre nuestras manos, para que ellas jamás dejen de ser el más bello símbolo de nuestra feminidad.

¡Amor!, que un día quizá no lejano gobierne como Rey y Señor el mundo.

¡Amor!, divino don, que ha sido puesto en nuestras manos para que no fenezca nunca lo eterno femenino.

¡Perdonadme, Señor! ¡Habiéndonos dado el Amor, Amor de Madre, Amor de Caridad, y ese otro amor más alto, el Amor de los Amores, nos habéis dado a nosotras las mujeres lo mejor, lo más bueno, lo más bello de cuanto habéis creado con vuestro infinito poder!...

FIN

SOCIEDAD PARAGUAYA DE AUTORES

FUNDADA EL 6 DE JUNIO DE 1925

COMISIÓN DIRECTIVA

PRESIDENTE:

EUSEBIO A. LUGO

SECRETARIO:

MIGUEL PECCI

TESORERO:

PEDRO JUAN CABALLERO

VOCALES:

FRANCISCO MARTÍN BARRIOS

JOSÉ M. NESTOSA

